QUILEROS

Entre historias y caminos

Recopilación de autores fronterizos

QUILEROS

Entre historias y caminos

Recopilación de autores fronterizos

Ilustración de Portada: Arturo Ferreira

Recopilación y Edición: Richar Enry Ferreira

Derechos Reservados_ Queda prohibido, total o parcialmente, la reproducción en forma alguna, por medios electrónicos, mecánicos o de cualquier otra forma sin la autorización escrita del autor y productor.

richar.enry@gmail.com

Depósito Legal 45276

Primera edición: 2021

ISBN: 978-9915-42-394-4

Libro: QUILEROS-Entre historias y caminos

Prologo

El presente libro, contiene una recopilación de autores fronterizos y surge como una iniciativa ciudadana, un trabajo autónomo e independiente de toda organización o institución, pública o privada, local o nacional, creado con el único objetivo de recuperar y revalorizar las historias de frontera relacionadas al contrabando de sobrevivencia, también conocido como quileo, el cual se practica en toda la región limítrofe con el vecino país, Brasil, y se remonta incluso a antes de la constitución de la patria, el cual sin embargo, no es enseñado por la educación formal, ni consta en los libros curriculares de ningún nivel educativo.

Se constituye así, este material, en un documento inédito, donde se relatan vivencias y anécdotas, donde se plasman semblanzas y se describen andanzas únicas, con decenas de imágenes y representaciones gráficas. Un libro único en su tipo, importante para la construcción de la identidad y la cultura, particular y propia de los pobladores de frontera, que aún hoy día, a costo de su propia vida, viajan para adquirir bienes de consumo o comercialización, mercaderías que traen por diversos medios y distintos caminos, de a quilo y a diario, como forma de generarse una vida medianamente digna y así sustentar a sus familias.

El mismo, ha sido realizado en el entendido de que toda la población fronteriza tiene el derecho a reconciliarse con su pasado, con orgullo y sin vergüenza, resignificando la práctica del contrabando de sobrevivencia, conociendo las historias de sus antepasados, descubriendo los modos trabajo, de vida y de quileo que hasta hoy día se practican, incluso al margen de la ley, como forma de replantear el tema a futuro, actualizado y modernizado de acuerdo al marco legal regional actual.

Quienes desconocen los verdaderos motivos que llevan a las personas a ser “Quileros”, podrán descubrir detalles de sus motivos, razones y circunstancias que llevan a las personas a realizar dicha actividad, las tácticas y estrategias utilizadas para el transporte de la mercadería del vecino país, así como las ventajas y desventajas de la vida en la frontera; pudiendo así entender mejor y de forma más cabal que, esos seres humanos son trabajadores honestos y esforzados, responsables por familias y el futuro de los suyos, que buscan superarse incluso mientras estudian y trabajan en a capital, comiendo de esos productos más baratos lejos de la frontera.

Richar Enry Ferreira

Capítulo I

"CONTRABANDISTAS: CRÓNICAS DE CARGUEROS"

por Lucio Ferreira

1. Una forma de vida

El contrabando ha sido siempre un hecho socio-económico de innegable trascendencia; desde que los estados fijaron sus fronteras y establecieron normas de convivencia entre sus habitantes, creando leyes y reglamentos para la actividad comercial, nació también como hermano gemelo el contrabando.

Circunstancias puntuales como la situación económica de los países, diferencias en los costos de producción y en los valores de las monedas en cada uno, han sido siempre un estímulo para transgredir las disposiciones establecidas en cada país; y gente para eso nunca faltó, aun en épocas en que la "coima" era una palabra exótica.

Nuestro territorio no es ajeno a tal fenómeno, que tiene firmes raíces desde la colonia. Aquí, como en todo el mundo, encontró campo fértil para desarrollarse y transformarse en una mala palabra, censuradaa gran escala por todos los "uruguayos patriotas y decentes", y al mismo tiempo consentida como forma de vida fronteriza para el día a día. A tanto ha llegado, que incluso sin poder probarlo, podríamos decir que su virus ha contaminado todos los estratos de nuestra sociedad, y lo que es peor, por su habitualidad ya estamos acostumbrados a la enfermedad.

El fenómeno ha reconocido desde el S. XVIII hasta hoy diferentes formas. Desde el contrabando de ganado, tabaco o caña por jinetes en grupo o aislados, hasta los sofisticados mecanismos de hoy día.

2. El fenómeno en la primera mitad del S. XX

Antaño, en nuestros años mozos, la falta de buenos caminos dificultó siempre todo tipo de actividades, y por supuesto afectó también al contrabando, por lo cual en la década de 1930, el comercio ilícito debía necesariamente efectuarse a caballo y a campo traviesa, con todas las dificultades que es dable imaginar. Por aquellos años no existían en la zona rutas nacionales, y el Chuy era un simple caserío.

En invierno, con lluvia, viento y frío; en verano, bajo el sol abrasador de enero o a la sombra tibia de las noches estivales; cruzando ríos y arroyos, montes y sierras, esteros y bañados; otras veces, perdidos y ocultos entre la niebla, embarullando el bicherío del "bañau"que delataba la presencia de los contrabandistas.

Si bien por entonces las poblaciones eran chicas, la oferta de mano de obra superaba la oferta de trabajo; y ésta se circunscribía al ámbito rural, salvo algunas obras públicas que empezaron a llevarse a cabo con motivo de la reconstrucción de las fortalezas de Santa Teresa y San Miguel, traídos como derivación de proyectos de desarrollo turístico de la zona, la construcción posterior de la Ruta 9, el Parador San Miguel, el puente sobre el Arroyo San Miguel, la usina de U. T. E. y demás obras anexas, que dieron un gran impulso a la zona, por la visión de aquel gran hombre que en vida se llamara Horacio Arredondo.

El contrabando era en ese entonces una salida laboral para aquella gente, que invertía sus pesos en mercadería brasilera para trabajar en forma independiente y darle de comer a la familia, aún a riesgo de perder la vida en los encuentros con la autoridad que reprimía esta actividad considerada ilícita, pero ante la que muchas veces se hacía la "vista gorda".

De los contrabandistas que se hicieron famosos en aquella época -es decir, alrededor de 1930- ninguno era ladrón; y cuando por alguna situación de apremio carneaban una oveja o cortaban un alambrado, posteriormente llegaban al establecimiento a pagarlo o arreglarlo. El productor rural no delataba al contrabandista, pues éste era su proveedor de ciertas mercaderías entradas ilegalmente a módicos precios. No era una simbiosis, sino más bien una sana y amigable complicidad: el contrabandista era, a veces, un vecino suyo.

Debe tenerse en cuenta que estas actividades discurrían en tiempos en que la policía recorría permanentemente la campaña en patrullas a caballo, e incluso los propios comisarios asumían tal responsabilidad. Pero así y todo -o quizás también a causa de ello- la actividad era relativamente lucrativa, y valía la pena exponerse a los riesgos que con llevaba, incluso el de morir en alguna refriega con la autoridad. Nos imaginamos la aventura que significaba no sólo burlar a la policía, sino sortear todos los obstáculos que un trayecto a campo traviesa -como el de San Miguel hasta Aiguá-podía ofrecer.

Nunca tuvimos conocimiento de que alguno de estos hombres fuera poeta o bardo (si hubo alguno, quedó en el anonimato), y ello es una lástima, porque le habría escrito o cantado a la naturaleza, la noche

y las estrellas, a las peripecias del camino, en una aventura de, a veces, más de cincuenta leguas.

Los que conocí, casi todos eran alcohólicos; algunos vivían de borrachera en borrachera. Era gente, por eso mismo, peligrosa. ¡Pero cómo no habrían de serlo! Razón suficientemente poderosa para ello era viajar por las noches invernales con lluvia y frío, donde sólo tomando caña se podía aguantar, muchas veces calados hasta los huesos.

El más beodo que conocí fue Elbio Corbo -alias "El Ñato"-, quien aún no me he podido explicar cómo vivió tantos años entre riesgos y bebida. Acabó muriendo en la mayor de las miserias, como buena parte de los de su estirpe. Fue padre de muchos hijos; de los varones, tres siguieron igual camino y murieron por ese mismo vicio siendo muy jóvenes. Esteban Amarilla, otro mentado de aquellos tiempos, era un hombre de un físico privilegiado, y borracho era sumamente peligroso.

3. Por las picadas

Algunos eran contrabandistas solitarios; otros, en cambio, tenían una tropilla, buenas armas y manejaban personal a sus directas órdenes. Con todo esto y el valor de la mercadería, era lógico que defendieran el capital invertido a tiros.

Salían del Brasil, desde un paraje conocido como "Los Depósitos"- lugar de acopio de la mercadería destinada al contrabando, previo a su pasaje a nuestro territorio- a unos dos kilómetros de la divisoria próxima al puente sobre el Arroyo San Miguel.

En ocasiones cruzaban la divisoria terrestre, es decir, el camino que llevaba al Chuy, y continuaban viaje siguiendo la costa del arroyo del

mismo nombre hasta sus nacientes, para internarse en los bañados de San Miguel y salir a “Potrero Grande” que es una zona de cuchillas altas. De allí, llegaban al “Paso de los Indios”, hoy Ruta 14, donde existe un puente sobre el arroyo homónimo.

Otras -las más-, cruzaban el Arroyo San Miguel por el “Paso del Horno”, o sobre la punta de la sierra de San Miguel, llamada “Punta del Cerro”, entre la desembocadura de este arroyo en la Laguna Merín y el paraje citado. De ahí podían seguir rumbo a Lascano, o bien una línea próxima a la Sierra de San Miguel -lado norte- por entre los campos, a veces por la sierra misma, hasta llegar a la cuarta sección de Castillos en el Paraje “Los Indios”, cruzando la actual Ruta 14.Los dos trayectos mencionados eran complejos por las dificultades que ofrecían, especialmente en invierno.

A veces pensamos que no eran más que románticos aventureros, pues desde el punto de vista económico ninguno forjó un patrimonio sólido. Bebían y timbeaban, vivían entre la caña brasileña y el juego del truco y el gofo. El “Ñato” Corbo se emborrachaba y tiraba al piso -literalmente- todo el dinero que tuviera en el momento. Decía que era una porquería, y tal vez tenía razón; la única precisión es, que resulta una porquería necesaria en el mundo en que vivimos. Tal vez se refiriera a los sacrificios que había que realizar para ganarlo como él lo hacía. A veces discurría filosóficamente largo rato, bajo el embrujo y el vaho del alcohol, junto con el humo del tabaco negro en rama.

4. La “rutina” de la represión

Los tiempos han cambiado. ¡Pobre “Ñato”! Si al día de hoy estuviera en este mundo contaminado y corrupto, se resarciría de

aquellas peripecias de tantos años de contrabandista, viajando por las rutas nacionales en automóviles confortables, previo pago de jugosas coimas, práctica que parece interminable, cada vez más perjudicial para las arcas del estado y concebida en beneficio de unos pocos. Habría cambiado aquel clásico y viejo contrabando de tabaco y caña por otro más moderno y lucrativo, acorde con las necesidades actuales de la población, o sucumbiría ante los nuevos tiempos, con todo su bagaje de sueños y romanticismo de un pasado heroico ya muerto. Hoy en día, los puestos de control están sobre las Rutas, pues el contrabando dejó de andar en patas de yegua para andar sobre ruedas, y no pocas veces se hace surcando nuestras aguas o cielos.

Se acabaron las partidas de milicos recorriendo la campaña con la carabina a la espalda o sobre el recado, pasando mal y recibiendo de comer de los vecinos. La connivencia entre autoridades y malhechores no es nueva; antiguamente también era común que el comisario hubiera negociado la salida de los contrabandistas por otro lado.

Sin embargo, hubo un comisario -petiso y gordito, de iniciales O. A.- que en sus comienzos era implacable con los contrabandistas. Tenía un edecán de apellido Gutiérrez, con el cual hacía todo tipo de salidas contra éstos, tanto fuera de día como de noche. Pero una vez, de atrevido nomás, se aventuró demasiado y como diría el paisano “se le empachó el pirú”. Se le había hecho el campo orégano, pero los contrabandistas le habían tomado ojeriza y lo tenían a él y su edecán entre ceja y ceja; como se dice vulgarmente “no lo tragaban”, y esperaban agazapados la oportunidad de darle una lección que acabara con las persecuciones que complicaban el trabajo.

Un día le prepararon una “ratonera” a campo abierto, y cayó en la trampa: lo mantuvieron secuestrado por varios días, en un campamento a pleno monte. Nunca pudimos saber el lugar exacto de la “travesura”, pero parece que habría sido próximo a la hoy Villa Velázquez, lugar de pasada en el trayecto rumbo a Aiguá. Tampoco sabemos cuál fue la justificación que el mentado dio a sus superiores ni a sus subordinados para aquella extraña ausencia de la comisaría. Se supo tiempo después que, durante la retención del comisario y su edecán, éstos se vieron obligados a cumplir diversas tareas de fajina del campamento, como ser preparar la comida, picar leña, cebar mate y hasta lavar los pies a los contrabandistas; esto fue lo más humillante que les pudo ocurrir, pero no tuvieron más remedio que así hacerlo y lo hicieron.

Sea como sea, lo cierto es que los contrabandistas se salieron con la suya, ablandando al comisario para siempre. Así se acabaron las persecuciones y los patrullajes por largo tiempo.

Más tarde, siendo comisario de la Novena Sección, vivió frente a la casa de mi padre; y allí, sentado en el cordón de la vereda a media tarde, arreglaba las salidas de la frontera con sus viejos conocidos, ahora sin importarle que la gente del pueblo se enterara o supusieralo que estaba ocurriendo. Jugaba a la “treinta y una” y como no había quien le ganara, para hacer la partida más interesante, daba la ventaja de “treinta y medio plantado”.

A pesar de lo antedicho, los guardiaciviles de aquel entonces eran funcionarios honrados; cumplían con la función de represión del contrabando por toda la seccional. Esto les aparejaba pasar mal durante los días que duraba la misión, principalmente en invierno; y por su

propia honestidad en el tratamiento de la información aportada al superior, a menudo terminaban siendo perjudicados. Por ejemplo, cuando el comisario preguntaba si habían encontrado rastros delatores de contrabandistas -fueran apretaderos de alambrados, porteras abiertas o trillos en los esteros-, si daban una respuesta afirmativa, esto aparejaba una nueva guardia y rastrillaje, que bien podía durar una semana a campo raso (nadie podría por lo tanto decir que el comisario no hacía vigilar la frontera, y más con la información que le habían aportado sus subalternos).

Pero un día se enteraron, por un amigo, de que el contrabando había salido por otro lado al de la guardia establecida; fue recién entonces que "se les prendió la lamparita", y se pusieron a pensar que habían entrado en el juego del comisario. Lo pasado no podría ocurrir más, y se pusieron de acuerdo: de aquíen adelante, no verían más rastros de contrabandistas. Cuando después de la guardia se reintegraban a la comisaría a informar al superior el resultado de la misión de vigilancia, y ante las preguntas de éste, todas las respuestas eran negativas.

Esto trajo como resultado inmediato el cambio de la patrulla, porque el comisario se dio cuenta que los milicos, a fuerza de rigor, habían aprendido (¡no era para menos!), y así se vieron libres de dicho sacrificio. La anécdota anterior me fue narrada por el cabo J. F. Fernández.

En la Seccional Quinta también ocurrió lo mismo, pero los funcionarios tomaron el toro por las guampas: cuando llovía, se arrimaban a cualquier establecimiento, encerraban por las dudas los

caballos en el galpón y se echaban a dormir. Hubo uno, sin embargo, que se apersonó al comisario y frente a frente le dijo:"¿Pa´ qué nos va a hacer pasar mal, si usted ya les dio la salida por otro lao?". El comisario aguantó, y de ahí en adelante no los mandó más hacer guardias "al cuete".

5. A balazo limpio.

Pero otras muchas veces los arreglos no existían o éstos fallaban; aquí van unas perlas que coronan la afirmación anterior.

Silvio Plá, un contrabandista que hizo época, llegó en una ocasión al puente del "Paso de los Indios", en Potrero Grande, y la policía de La Coronilla lo estaba esperando. Mientras hacían dar vuelta las yeguas cargadas, hubo tiroteo. Silvio puso pie en tierra para cubrir la retirada de los otros compañeros, que se dieron a la fuga con la carga aprovechando la oscuridad de la noche. Fue herido y apresado, pero la corajeada cumplió su fin: el carguero y sus compañeros de andanzas quedaron a salvo. Después de recuperado -y de pasar un tiempo "a la sombra"-, volvió de nuevo al trillo.

Pero más grave aún fue la batalla que libró José Larrosa en campos próximos a 18 de Julio, a tan sólo unos tres kilómetros de la comisaría. La policía se enteró de la salida, y según comentarios, ésta se había "arreglado" con el jefe del pelotón de infantería destacado en el fuerte; pero algo falló. Tanto la policía como los infantes sabían que José Larrosa no era hombre de entregarse así nomás, y que habría pelea; así y todo, resolvieron salir al cruce de los contrabandistas, y "ardió Troya". El comentario posterior en el pueblo era que los contrabandistas habían sido traicionados, faltando la policía al cumplimiento de lo acordado.

De qué fusil o carabina salió la bala maldita que segó la vida de José Larrosa, nunca se supo; lo que se comentó, sí, fue que aquella noche mataron a un valiente, que atropellaba los fusiles de los infantes con rabia y valor para descargar su revólver. La noche fue testigo impotente de lo ocurrido; la luna iluminó con su luz de plata el campo de la batalla y la tragedia.

Una vez más, la confianza mató al hombre; porque de no haber sido así, Larrosa jamás hubiera salido de la frontera con luna llena. Algunos compañeros de esa noche, contaron después que iban cantando y chiflando, tal era la confianza y tranquilidad que reinaba en el grupo. Lejos estaban de suponer que la traición y la muerte rondaban muy cerca aquella noche, y que perderían nada más y nada menos que a su jefe…

Al día siguiente, en la cuadra de la comisaría, tapado con un poncho, yacía el cuerpo sin vida de un hombre que pagó con ella la causa de una traición. Este hecho, sin precedentes hasta entonces, cambió por un tiempo las reglas de juego en la frontera, y el contrabando se aquietó.

Los contrabandistas, ante lo inevitable, preferían siempre encontrarse con la policía y no con los infantes, pues estos eran profesionales en el manejo de armas largas (algún tiempo después, el pelotón de infantería fue retirado de la frontera). Por otra parte, era más fácil para cualquiera abordar al comisario,que a un militar recién salido de la escuela, sin conocer la realidad social de la frontera ni participar de su entorno.Si el comisario era nuevo, se trataba de averiguar todos sus antecedentes, hasta encontrar una brecha por dónde poder entrarle.

6. Contrabandos y contrabandos

Por supuesto, existieron contrabandos grandes capaces de cargar diez, quince, veinte y hasta treinta yeguas; así como aquel que sólo llevaba una, con unos kilos de azúcar, yerba, café y tabaco. A estos últimos, por la escasa monta de su tráfico, se les conocía con el mote de "picharqueros".

También estaba aquel que, en forma solitaria, llevaba hasta Castillos un par de damajuanas con alcohol bajo el poncho, con algunos de los cuales más de una vez nos topamos en alguna portera, por esos campos de Dios, en horas de la noche, cuando regresábamos a nuestra casa después de las recorridas impuestas por nuestros superiores en salvaguarda de la sanidad de la ganadería regional.

Muchos se ocupaban de contrabandear mínimamente-lo que hoy llamamos "contrabando hormiga"-, apenas para ir tirando, para darles de comer a los gurises, pues para otra cosa no daba dado los exiguos montos comerciados.

También hubo otra clase de contrabandistas (zafrales, por así decirlo) quienes, sin necesidad económica apremiante, al vaivén de los precios y por la fortuna de tener campos linderos a la frontera, cargaban de un lado para otro indistintamente, ya fuera lana, cueros lanares o de nutria. El contrabando de ganado vacuno en esta zona, por ser en general de establecimientos chicos, no tuvo la misma trascendencia que en otras fronteras.

En San Luis ocurría lo mismo, y alguno incluso utilizó mulas en vez de caballos, cosa por demás rara porque aquí no las había.

Los habitantes de esta zona hacían del contrabando un medio de subsistencia para ellos y sus familias, al igual que la caza de la nutria, fuera ésta legal o furtiva. En general (ya lo dijimos antes), no eran ladrones; y por esto mismo se estableció una suerte de asociación entre el contrabandista y los propietarios, porque cada uno necesitaba muchas veces del otro: uno por la travesía y la hospitalidad, y el otro para que lo proveyera de lo que necesitaba, por ser más barato o porque en el país no lo había.

Era más el sacrificio y los riesgos que la ganancia, en aquel errabundo andar por las noches y los campos. Pero no había otra solución; el trabajo en las estancias era escaso y pagaban poco, y no daba para que la mujer y los hijos vivieran en el pueblo.

Debido a la precariedad de las comunicaciones, los comisarios seccionales mandaban en los hechos más que el Jefe de Policía de Rocha; eran pequeños señores, que ejercían un poder con fuertes visos de arbitrariedad. Por lo general no querían vagos en el pueblo, y entonces se dio la paradoja de la existencia de una vagancia rural y no pueblerina. La misma era combatida ácidamente: los comisarios, con los abusos propios de aquellos tiempos donde el pobre no tenía defensa, metían presos en la noche a tres o cuatro tipos de oficio desconocido que recogían de las timbas o lupanares, los hacían trabajar durante toda la noche tirando balasto en las calles, y a la mañana siguiente les decían que tal o cual hacendado -fuera cierto o no- estaba precisando gente para trabajar, y los hacían conchabar a la fuerza para evitar el destino de

la prisión por vagancia. Obviamente los salarios eran magros, y el trabajo rural no atraía. A pesar de los peligros en la frontera, el contrabando ofrecía visos tentadores.

7. De los dos lados del mostrador

Hubo guardiaciviles que primero fueron contrabandistas, y contrabandistas que abandonaron la actividad para ingresar como policías; por lo cual todos conocían bien los caminos del infierno.

Los que consiguieron juntar unos pesos, se establecían con algún pequeño negocio en el pueblo, o lo invertían en alguna chacra para trabajar por cuenta propia (y no a diez pesos por mes en una estancia,donde se debía darle muy duro todo el mes para aguantar el trajinar a que se veían obligados).

Conocimos una familia donde había tres hermanos. Todos fueron contrabandistas, pudiendo apenas sobrevivir con el producto de sus actividades ilegales; todos, sin excepción, murieron en la pobreza. Uno de ellos, fallecido con más de noventa años de edad, se llamó Manuel Corbo, y contaba que durante largos años había salido de esta frontera y llegado hasta Tacuarembó como punto final de su derrotero, solitario y andariego devorando caminos, cruzando ríos y arroyos, montes y cuchillas en busca de un destino que no llegó, y -sin tal vez- sin que valiera la pena tanto sacrificio para seguir sumido en una pobreza espartana. Terminó sus días en un hogar de ancianos, en la misma frontera que tantas veces lo viera partir con una yegua más cargada de esperanza que de caña brasilera.

De Musulmán Álvarez, digamos que -al igual que la mayoría de los que conocimos- era una persona de bien, y su único problema con la autoridad fue la actividad que ejerció. Era muy buen jugador de fútbol, y su nombre ha sido homenajeado en campeonatos de la Liga Chuiense de Fútbol y en raids hípicos en San Miguel. En el puesto de centre-half era incansable, y hasta hoy se le recuerda.

Jeremías Santos nunca pasó al otro lado del mostrador; su opción fue ser contrabandista toda la vida, en la frontera de Chuy, y utilizaba todos los medios posibles para burlar a la policía. Todos espiaban a todos: la policía siguiendo los movimientos de los contrabandistas, y éstos vigilando los movimientos de la policía. En esa actitud, varias veces nos topamos con ella en la oscuridad de la noche, cada uno en sus andanzas.

El sargento Pilar Moreno tuvo la osadía de saliren misión de vigilancia, solo y de poncho blanco, por la Sierra de San Miguel, en una noche de luna llena. Cuando menos lo pensó, estaba rodeado: el resultado no podía ser otro que el secuestro, pasando al otro lado del mostrador de la forma menos deseada. Como en el caso anteriormente narrado, faltó varios días a la comisaría; menos mal que volvió con salud al seno de su familia, aunque espiritualmente quebrado por causa de aquella fanfarronada.

Es interesante consignar que hubo contrabandistas que se jubilaron como troperos, pues de regreso de sus andanzas -ya sin cargas sobre el lomo-, hacían el llamado “removido” de las yeguas que volvían a la frontera, pues sin ese documento sólo podían traer una de tiro. Con los años, esa misma documentación que permitía circular con equinos

en la frontera sirvió para probar una actividad lícita, a partir de la ilícita sucedida al partir de la frontera. Tales documentos eran debidamente autorizados, sellados y firmados por la propia autoridad que la combatía, aun a sabiendas de que se la daban a un contrabandista contra quien en ese momento no tenían pruebas.

Wenceslao Correa -alias "el Chueco"- instaló sus reales en el pueblo 18 de Julio. Consiguió una compañera y formó su hogar;enseguida quedó fácilmente bajo control de la policía. Sabiéndose bajo vigilancia, amagaba salir del pueblo,pero se quedaba. Otras veces salía por la mañana, y a media tarde estaba de vuelta, desorientando a la policía. Un día les hizo una jugarreta, ocultando un contrabando en un monte ubicado exactamente… ¡detrás de la comisaría! Se quedó en el pueblo, y sus compañeros salieron en la noche siguiente rumbo a "La Cañada";cuando estaban casi en el límite con la Cuarta Sección de Castillos, los alcanzó. Nadie pensó que de mañana y con aquel rumbo, fuera con un contrabando.

Correa era un hombre de buen físico y muy bromista, lo que le acarreó algunos malos ratos, que pasaban desapercibidos para quienes le conocían. Había instalado un bar; y un día, cuando nada hacía prever un desenlace fatal, tuvoun encontronazo con otro contrabandista -Balión Noguera- y por una discusión sin mayor trascendencia, éste le pegó una puñalada y lo mató.Su familia quedó en el mayor desamparo, y un día emigró de la localidad. Así hubo un contrabandista menos, y un presidiario más con varios años en la cárcel.

El "Chueco" Correa era un buen hombre, y la gente del pueblo así lo testimonió ante su muerte. Un hombre conocedor del ambiente de

esta actividad,donde el alcohol y las armas siempre estuvieron presentes para dilucidar cualquier pleito por cuenta propia.

8. Complicidad hipocrática

Por cuestión de intereses y de alcohol, más de una riña ocurrió entre aquellas gavillas; así como también era común que hubiera contrabandistas heridos en refriegas con las patrullas.En ambos casos, buscaban llegar subrepticiamente hasta el pueblo 18 de Julio en busca de asistencia médica, tratando por todos los medios de no ser vistos por la policía. Esto significaba un serio compromiso para el médico, quien se encontraba entre la espada y la pared, ya que muchas veces conocía a los heridos e imaginaba el origen de la herida. Algunos le pedían que, si tenía la obligación de dar cuenta, lo hiciera después que hubiera cruzado la frontera.

El dilema entre lo humanitario y la ley aparecía en toda su crudeza, tal como lo narra el Dr. LuciánCanzani en sus memorias. Canzani era por aquel entonces el único médico en muchas leguas a la redonda; siempre triunfó en él la parte humanitaria, y si la policía andaba siguiendo al herido por haber sido informada, el médico trataba de dar largas al asunto hasta que el mismo hubiera traspuesto la frontera (se entiende, obviamente, que se trataba de heridas sin mayor gravedad, que no requerían hospitalización; pero eran heridas al fin). Según lo contaba el doctor, nunca les cobraba por este tipo de asistencia, por lo cual se ganó la confianza, el respeto y también la amistad de muchos de ellos.

Canzani también era médico de familia y amigo de quienes vivían en las zonas rurales. Cuenta en sus memorias lo ocurrido una noche, al

retornar de una pequeña excursión por la frontera a casa de una familia amiga, distante más o menos tres kilómetros del pueblo, a quienes visitaba con cierta frecuencia para distraerse. Al volver se hizo la noche;incluso por razones profesionales, acostumbraba llevar encima siempre una linterna de cinco pilas (no olvidemos que no había entonces luz eléctrica por estos pagos). Mientras caminaba de regreso al pueblo, de tanto en tanto la prendía; esto podía inducir a alguien a pensar que se trataba de alguna señal convenida, lo cual en este caso no era cierto.

Sin embargo, de repente y con autoridad, una voz en la oscuridad le ordenó apagar la linterna. Ante el tono por demás imperativo, no había otro remedio que acatar, y así lo hizo. Afortunadamente ya lo habían identificado, que si no… Era Esteban Amarilla y su gente, que estaban por cruzar la frontera. Fueron alertados por un "bombero" de la presencia del doctor en el lugar; una vez que se le arrimaron, este le dice: *"Nunca más haga eso doctor. Menos mal que la guardia nos avisó a tiempo que se trataba de usted"*. Y aquí quedó demostrado lo que significaba la amistad y la confianza, porque si no, podría por razones de seguridad haber sido secuestrado (aunque los riesgos de una operación de este tipo trajera aparejadas serias consecuencias para los contrabandistas, puesto que se trataba nada más ni nada menos que de un médico, cuya ausencia del pueblo sería en este caso muy difícil de disimular; por lo tanto, la adopción de una medida de esta naturaleza no convenía a los intereses de ninguna de las partes).

9. <u>Por el fondo</u>

Era común que los contrabandistas pasaran por detrás de la comisaría, pues en el lugar había un arroyito con muchos árboles -que

aún hoy existe- lo que por cierto impedía la visual de quien pasara por allí. El suscrito pudo comprobarlo cierta vez, estando en un establecimiento rural de la periferia,donde una fila de caballos y yeguas aproximada de veinte animales pasó olímpicamente por el patio de la casa, para seguir después por el camino descripto anteriormente. La audacia y la astucia se unían aquí con la misma finalidad: burlar la acción de la policía. ¿Quién iba a pensar en tanto atrevimiento? Seguramente nadie; todos pensarían que cuanto más lejos de las autoridades, sería mejor y más seguro. Sin embargo, porque nadie lo pensaba era que ocurría, mientras la guardia policial o aduanera estaba a dos leguas de distancia vigilando otro lugar, ante el amague de salida de otro grupo de contrabandistas para distraer la vigilancia de la frontera. En verdad que a veces resultaba divertido, a veces peligroso, cuando no trágico.

10. A modo de final

El progreso, poco a poco, fue cambiando las reglas de juego en la frontera; y la modalidad del contrabando adquirió nuevos hábitos de vida. Primero llegó,a mediados de los años 40 del siglo pasado, la construcción de la Ruta No. 9 del lado uruguayo. Allá por 1975 comenzó a funcionar el puerto seco en Chuy, lo que dio lugar con el tiempo a que se instalaran muchas empresas de transporte de pasajeros y de carga, por la apertura de la Ruta BR 471 que superó las dificultades de los Bañados del Taim(los cuales aislaban el extremo sur brasileño del resto de Brasil). Con ello se incrementó todo el contrabando, desde el "bagayo" hasta el gran contrabando sobre ruedas, pasando por las narices de los puestos de control de la Aduana en base a mecanismos

por todos conocidos,donde aquellos que antes nombramos en nuestro artículo quedan relegados a la categoría de simples angelitos.

El mejoramiento de las rutas trajo como consecuencia la llegada del turismo internacional y el desarrollo del transporte de pasajeros, a través de grandes empresas internacionales que brindan servicios de la mejor calidad. Por todo ello, puede decirse que Chuy es al día de hoy -y lo será aún más- un gran nudo de comunicación internacional, estando conectado ya al resto de América.

Pero el contrabando sigue campante. Y ya no es aquel "inocente", de tabaco, azúcar y caña; todos los días, las autoridades policiales y aduaneras dan cuenta del decomiso de narcóticos, piedras preciosas, alhajas, también oro, electrodomésticos, bebidas, etc., por valor de miles de dólares.

La escala económica cambió. Desde aquellos esforzados cargueros a lomos de yegua a los camiones de hoy, así como a los manejos documentales, queda demostrado que, si bien el riesgo de vida prácticamente desapareció, las ganancias se han multiplicado sideralmente.

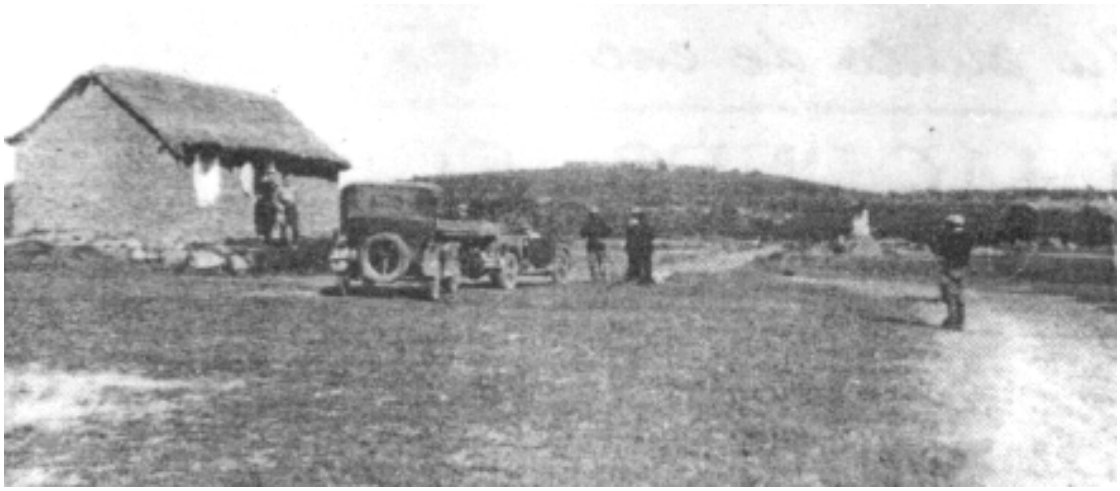
Los contrabandistas ya no andan a campo traviesa; utilizan modernos vehículos y mejores caminos. O mejor aún: avionetas y barcos. El relacionamiento espurio contrabandista-funcionario público no ha cambiado, sino que se trasladó simplemente de la policía a la aduana. Todo esto se encuadra en un marco de oportunidades, necesidades y corrupción que al día de hoy se ha hecho muy difícil combatir para erradicarlo, porque allí juegan grandes intereses económicos y esto no es novedad para nadie. Quién no lo crea así,

pregúnteselo al Dr. Víctor Lissidini, que pocos años atrás fue derrotado y enviado a la cárcel por el delito de combatirlo enérgicamente.

Estas historias narradas son fruto del conocimiento personal desarrollado en la frontera a lo largo de mis nueve décadas de vida, y también fruto de mis actividades por años de recorridas rurales como funcionario del Ministerio de Ganadería y Agricultura por aquel entonces. Los plasmo en papel antes que se disuelvan en la bruma del tiempo, sin pretensiones de posteridad, sino como mudo testimonio de un tiempo ya desaparecido.

(Artículo publicado originalmente en la Revista Histórica de Rocha N° 4 -20/02/2013)

Fotografía de la familia de José Larrosa



Resguardo Aduanero de San Miguel (1930)

“Picada de doña Dionisia”. De izquierda a derecha: Santana Merlo, “Perico” y Miguel Lemos, Cantirio Feijó. Foto de 1960 del armenio Daniel Simonian

Contrabandistas con cargueros cruzando el Río Negro (Uruguay)
(Foto cedida gentilmente por el amigo Asís Medeiros)

Capitulo II

"LOS CIMARRONES"

por Jorge Carlos Muniz

Así les denominaban los viejos paisanos, a los contrabandistas con cargueros. Aquellos mismos que don Julio C. da Rosa -que conoció a varios de ellos, y que los vio cruzar abriendo sombras espesas y oscuras-, llamó "Los Hijos de la Noche". Fueron tan orientales, como nosotros mismos.

Gente sencilla, de trato cordial, hijos de los campos, de los horizontes sin fin y de los ranchos de paja y terrón, con un pozo de balde al costado. Tuvieron casas propias, mujeres, hijos y nietos.

Eligieron ese oficio de a caballo, en un tiempo donde la miseria y el desempleo apretaban duro y había que meterle el diente a cualquier "conchabo" que surgiera… Conocedores de "picadas",a la luz de la luna o sin ella.

Baquianos, con "apretaderos" preconcebidos por el dueño del campo o sin apretaderos a la vista, cuando la balacera era muy graneada, "los líneas" se les venían por arriba y había que salvar los barriles...

Su periplo terrenal se extendió hasta bien entrada la década de 1960, cuando aún cruzaban por el "Paso de Píriz" o por la "Picada de doña Dionisia" en el arroyo Parao y en jurisdicción de la Novena Sección de Treinta y Tres.

Viejas comparsas de otros tiempos, donde por cada caballo iban “acollarados” sobre el lomo, dos barriles con 50 litros de caña blanca brasilera.Atados con “la bimbarra” por arriba y a la cincha por abajo, dejando un espacio sobre el lomo del animal que le llamaban “montaría”-donde a veces trasladaban latas de dulce de goiabada, ticholos, rapaduras, perfumes, tabaco negro y botellas de caña-, esos barriles cargados provocaban un sonido característico, que con su monotonía nocturnal se iba repitiendo a través de la marcha: “Tulún-tulún- chás-chás”, “Tulún-tulún- chás-chás”.

Este sonido afinaba el oído, y ponía en guardia sobre las carabinas cortas de los guardas aduaneros y los fusiles Máuser de cinco tiros que usaban “los líneas” (Ejército Nacional) o simplemente “los milicos azules” (Policías Seccionales). Enrabados los caballos con cabestro y “nudo potreador” a la cola, formaban largas filas, donde el primero de ellos iba libre, para llevarlo de tiro, y el último también iba libre para prenderse de la cola, si había que tirarse a nado.

Cuatro hombres, armados con carabinas cortas y revólveres, podían conducir hasta una comparsa de veinticinco cargueros...Muchas veces, se curtieron a balazos con “la ley”. A veces perdieron toda la carga y terminaron detenidos; otras veces, lograron salvar parte del contrabando y atrincherarse en la espesura de los montes aledaños.

LOS TRES HERMANOS FEIJÓ

Muchas de las historias de fogón que he logrado recopilar de memorias de la comarca, que aún persisten en su tránsito terrenal, pertenecen a una generación de hombres y mujeres del campo, donde el

drama social golpeó hasta dejar heridas patentes en el alma. Y en esos casos puntuales, fue imposible eludir sus propios detalles.

Han llegado hasta mí relatos que están conformados por un profundo contenido espiritual. Es dable resaltar -y sin mucha minuciosidad se admite-que, para los hombres y mujeres de una época pasada, la vida campesina, lejos de ser monótona y reiterativa, fue un verdadero desafío, donde el quehacer cotidiano se convertía en una lucha implacable que parecía no tener fin.

Y acá, sin más rodeos, me refiero al oficio de contrabandista con cargueros.

Muchos hombres de esta comarca, de probada honestidad y vocación de servicio, pero a su vez de probado temple y no menos coraje, lo ejercieron durante varios años; y con ello lograron que a sus familias no les faltara el pan en la mesa, cuando los “conchabos” de peón de estancia, de deschalador de maíz, de esquilador, de carrero o de tropero, venían escaseando...

Fueron muchos los que lo hicieron. Y no por eso dejaron de ser nuestros amigos o nuestros vecinos de siempre, diligentes, buenos y respetuosos.Aquellos que nunca carnearon una oveja sin haberle solicitado al patrón de antemano, y que en varias oportunidades, gracias a la baquía campera, lograron burlar la obstinada trayectoria de los fusiles policiales.

Hoy me propongo rememorar un enfrentamiento armado que, allá por los finales de la década de 1940, se suscitó en los campos de

Cerro Largo, donde el tiroteo cobró una vida, y muchos apellidos que allí estaban, de una u otra forma quedaron ligados a este suelo vergarense.

Eran pocos hombres, pero con más de cuarenta“cargueros”. Fue en el lugar conocido por “Bañado de las Pajas”, cerca de la Ruta 26, no muy lejos de la ciudad de Río Branco y en los campos de un patrón al cual apodaban “O Borboleta”(en portugués; en español se traduce como “El Barboleta”).

Allí, estaban entre otros,Isolmiro, Juan y Alejandro (Janito) Feijó. Estaban también Silverio Santana Merlo, Reinaldo Torme, los Rosas, Eril González, “Perico” Lemos, Lorenzo y Jacinto Acosta (los cuales eran conocidos por el apellido “Fierro”) y alguno de los Ledesma. Casi todos ellos, excepto los Rosas, eran gentes del paraje denominado “Garao” ubicado en la Decimotercera Sección de Cerro Largo.

Mientras el moreno Nolasco Silva apretaba un alambrado para que las columnas cruzaran, desde el bando policial que mandaba el Comisario Moitiño, acantonados entre los árboles de la zona, partió una potente voz de “¡Alto!” y de inmediato se desgranó un intenso tiroteo.

Los contrabandistas, a su vez, contestaron al fuego policial con sus carabinas cortas y sus proveedoras de balas, terciadas sobre el costado derecho del cuerpo.

Ni qué decir que el desparramo fue general…

Pero en el medio mismo de la pelea, y cuando las armas de un lado y de otrotaladraban la noche recién empezada con sus estampidos funerarios, una bala de Máuser policial bajó del caballo a IsolmiroFeijó, que cayó muy malherido.

Todos los demás lograron retirarse del campo, y salvar armas y cargueros. Pero al otro día, cuando comenzó a aclarar, partieron desde el monte donde se habían ocultado Juan y "Janito"Feijó, quienes, a balazo limpio y a galope de caballo, entraron al galpón de "O Borboleta", donde policías y médico estaban junto a Isolmiro.

Tal fue la sorpresa, que los uniformados y el médico sólo atinaron a esconderse detrás de unos fardos de lana, para poner a salvo sus vidas y cubrirse de la balacera.Dueños de la situación, los dos hermanos Feijó silenciaron las armas, y el médico, con palabras temblorosas, logró explicarles que la magnitud de la herida que presentaba Isolmiro era tal que no le había permitido sobrevivir al trance.

Los Feijó, silenciosamente, bajaron de sus caballos y estrecharon las manos del médico y de los policías actuantes, sin recriminarles nada.Uno de ellos le comentó al facultativo:*"Vinimos los dos a rescatar a nuestro hermano, costara lo que costara… Tá muerto el pobre; pero si hubiera estao vivo, lo habíamos rescatao y llevao de largo pal Brasil!"*(*)

Va mi recuerdo para quienes, desde la historia, taladraron muchas noches con sus largos silbidos para comunicarse, sus "cencerros maneados" para no ser escuchados, sus pasadas a tientas donde no los oyeran los chajás o los teros, y con orden de no fumar y de reprimir hasta la tos, para no ser descubiertos.

Aquí están los que pasaron por mis pagos, con sus figuras deformadas por el vaivén de los tiempos: Ramón Alaníz "El Indio"; Francisco Cardozo; "El Viejo" Guerrero; Lorenzo y Jacinto Fierro; Cantirio, Alejandro, Juan e IsolmiroFeijó; Bairo Machado Larrosa; Eno Palermo Silvera; Ferrer Pedrosa; Pedro Correa; Luis Larronda Fernández;

Viterbo Domínguez “El Rubio”; Juan Duche; Dos Santos; Giménez; Modesto Santana Silvera; Eusebio “El Corto”; “El Teté” y “El Torcido”Acosta, Raúl González (que después fue Policía en Vergara); Julio Coronel; “El Tuerto” Fontaine; Tivaldo Barboza; Octavio Modernell (que después fue Policía en el “Rincón de Ramírez”); Amadeo Pérez; Julio Coronel; Juan Herrera; EdegarAlvarez; Eril González; “El Hijito” Olivera; Aldino y Rodolfo Zuluaga Salvarrey; Catalino Araújo “El Catango”; Erotides Techera “Erota”; Walter Rivero; Juan José Pimienta “Patas de hacha”; “Perico” y Miguel Lemos; Marcelino, Juan y Alberto Ginares “Los Canarios”; Eleano, Aldesoro, Almansor y Artemidoro Ledesma; Reinaldo y Eloy Torme; Juan Pires Olivera “El Pirón”; Margarito Sánchez; Alberto Calda Acuña (que después fue Sargento Primero de la Policía en Montevideo); Juan Carlos Sellanes “El Pelao”; Silverio Santana Merlo Batalla; Hermes López (que después fue Policía en la 13a. Sección de Cerro Largo); Tácito, Santiago y Zenón Acevedo; Juan Francisco y Jacinto Buela; Añagualpo; Hitler y Ricardo Tejera, Juan Francisco Silva “Lagatinha”; Martiniano Germán Téliz Miranda; José Manuel Perdomo Cuello (después fue Sargento de la Policía, en Vergara); Eusebio Almada “El Burro”; Liborio Correa “El Tortuga” y “El Chonita” Correa; Modesto Silva; Plácido Eufracio Rosas Larrosa “El Tocayo”; Oribe González, y Juan Carlos Sequeira, conocido por “Bringa”. Mientras que Asís Medeiros, anduvo por zonas próximas a este Departamento, pero por el lado de Cerro Largo.

* Escuchado al extinto Juan Mario Soria “El Pocho”, quien residía en Pueblo Plácido Rosas -Cerro Largo)

Publicado originalmente en elblog del autor: "Desde Vergara y la región". Colaboración de: Lalo Ledesma; Alberto Calda; Luis Larronda Fernández y Rodolfo Zuluaga).

Capitulo III

"LOS CARGUEROS DE CONTRABANDO EN EL RÍO YAGUARÓN"

por Juan Carlos Muniz

Desde que se fijaron fronteras y se crearon leyes para la actividad comercial, aparece junto a éstas el contrabando.El costo de producción, la diferencia de la moneda y la situación económica llevó -y lleva aún hoy- a transgredir las disposiciones aduaneras en cada país.Surge así el "contrabando", palabra no querida por los gobiernos, pero cobijada como forma de vida del día a día en las fronteras.

Esta forma de ganarse el pan se conoce desde el siglo XVII, con el contrabando de ganado y cueros; más tarde lana, caña, tabaco, hasta llegar a nuestros días con la diversidad de productos que hoy tenemos a disposición.Esta investigación apunta a las primeras décadas del siglo XX; nos referiremos a un modo de contrabando sobre el lomo del caballo, que son los denominados "cargueros".

A cada caballo que transportaba cualquier especie se lo llamaba "carguero". Al no existir rutas nacionales de buen acceso, y tratando en lo posible de no ser vistos, hacían su jornadaatravesando campos, ríos, arroyos, soportando los fríos de inviernos con vientos y lluvias, o el sol abrasador del verano.

Para mediados de 1945, el trabajo en esta zona se había vuelto muy escaso: lo poco que había era en estancias, y casi siempre muy lejos

de la familia.Las arroceras estaban llegando, pero se hacía difícil cambiar el caballo por la pala; además se traía hombres del Brasil (Canguzú), a los cuales se pagaba muy poco, y de esta forma ocupaban toda la mano de obra disponible.

El contrabando fue entonces una forma de empleo que muchos emprendían a fin de dar de comer a sus familias, casi siempre muy numerosas; aunque para ello, la posibilidad de perder la vida en los encuentros con las autoridades que reprimían esta actividad, podía resultarun precio muy alto.

Años atrás,mientras recogía testimonios para otra investigación, don Antonio Muñoz ("Trola") me había obsequiado relatos sobre algunos encuentros de contrabandistas con la policía, allí por la zona de Poblado Uruguay; pero su narración quedó para más adelante, y luego se truncó debido a su fallecimiento.

Este tema siempre me había quedado en el tintero, hasta que, en una charla amena con compañeros de trabajo, advierto que uno de ellos era sabedor de historias de cargueros, y que conocía testigos y protagonistas, además de que familiares de él se habían dedicado a ese modo de contrabando.Es así que fuimos en procura de esos testimonios, y dimos -entre otros- condonElvecio Leonel Velásquez, de 94 años, don Juan Mar Velásquez de 81 años, don Milton Porciúncula de 64 años (hijo de Gerviter Porciúncula), y un protagonista de 90 años que solicitóque su nombre se mantuviera en el anonimato, por lo que lo llamaremos don "P.P." (Paso de las Piedras). Junto a todos ellos, sabremos sobre "Los Cargueros del Río Yaguarón".

Los nombres y apellidos que aparecen en nuestro relato fueron referidos por los entrevistados, sin oponerse a que los mencionáramos, ya que los hechos sucedieron hace más de 70 años, con dos lados bien opuestos: unos luchando por el pan para sus hijos, sin tener otro modo de lograrlo, y otros cumpliendo con el deber al cual se habían comprometido.

Don “P.P.” y sus cargueros

Transcurría el año 1945 cuando don “P.P.”, con tan sólo 16 años, abandonó el trabajo en las estancias para dedicarse al contrabando.Comenzó trabajando en los cargueros propiedad de don Estanislao Acosta, del departamento de Treinta y Tres; era éste un hombre de edad ya bastante avanzada, que años más tarde dejó esta actividad, y a pesar de tener tres hijos, le entregó a él veinte caballos cargueros, informándoleademás que en una estancia tenía un “lote” de baguales. “*Si le quitan algunos y le faltan, vaya a buscarlos”*, le hizo saber varias veces.

Don “P.P.” dice que había necesidad de trabajar: los hijos esperaban el pan, y de alguna manera había que hacerlo. Pero, afirma, el contrabandista jamás fue un ladrón. *“Como peón de carguero se ganaba 50 pesos de la época por mes, mientras que en una estancia el valor mensual era de 17,80 pesos viejos”*.Cuando pasó a propietario del carguero comenzó a ganar más, *“pero no vaya a creer que mucho; apenas para salir un poco de la miseria”*.

Se dedicó al contrabando hasta que crió a los hijos, y cuenta que a pesar de que infringía la ley, no tuvo ni tiene enemigos. La mayor dificultad era el momento de partir y dejar a su esposa e hijos en el

rancho. “*Mi señora siempre quedaba muy angustiada junto a los niños”*, rememora.

A mitad del siglo XX, eran varias las picadas que se utilizaban para el cruce en esta zona del Río Yaguarón. Algunas de las más transitadas eran el Paso de las Piedras (en el lugar donde estaba instalado el resguardo, o un poco más arriba), Picada de Maya, y Picada del “Tango”Moraes.

“Los cargueros, además del mío, eran varios más, con gente de aquí de la zona, Treinta y Tres, y Santa Clara; algunos con varios caballos y hombres, y otros con apenas dos, cuatro o seis caballos”.Rápidamente Don “P.P.” recuerda a algunos de ellos: Jacinto Silva “El Negro”, Belén Silva, Agapito Porciúncula, Cecilio Curto “El Tico” (que luego de abandonar los cargueros llegó a ser comisario en Melo), y Juan Mar Velásquez.Nos hace saber que se enteró por amigos de que, promediando 1980, todavía se veían cargueros en los cerros de Aceguá y en el paso Arriera (11º sección de Cerro Largo).

Sus columnas eran de seis, ocho, diez y hasta veinticinco cargueros, pero la mayoría de las veces lo hacía con seis; y contrataba de cuatro a seis hombres.Los caballos marchaban en fila india, con un bozal de cuero “bagual” o de cadena unido a la cola del de adelante; el que “punteaba” siempre era el más manso y “baqueano”.

Cuando se cargaba caña, se colocaba un barril de cada lado del caballo, con capacidad para 50 litros cada uno; pero para evitar el derrame se surtían con 47 litros. Al último caballo o carguero se lo utilizaba como “cocina”: además de la carga llevaba la olla, caldera,

arroz, café, azúcar, galletas, sal y un trozo de carne salada (charque), que serían para el consumo durante el viaje.

Don “P.P.” recuerda algunos de los contrabandistas que trabajaron con él: Gerviter Porciúncula (*“sin despreciar a nadie*,*era un buen hombre”,* nos dice), Atanislao Acosta, los hermanos Feijó, los Rodríguez, “Tete” Acosta, Jacinto Acosta, el “Manco” Velásquez, entre otros.

Se escogía las noches sin luna para salir con los cargueros,comprando la mercadería del lado brasileño para el contrabando.Si el río estaba en su cauce normal, se designaba una picada y se cruzaba al Brasil en busca de la mercadería; pero si se encontraba crecido, se esperaba del lado uruguayo con los cargueros, y se atravesaba la carga en bote.

Casi siempre estaba todo en el monte, de lo contrario se retiraba de los “depósitos”, que eran los comercios mayoristas que estaban muy cerca de la costa. Recuerda en el Paso de las Piedras el del brasileño DerminSabalo, y en Talavera el de “Tango”Moraes; también en algunas oportunidades en una estancia frente a Picada de Maya.

Cuando se cruzaba el Yaguarón, ya se sabía de antemano que no habría policías cuidando el río. *“Con los guardas no había por lo general ningún tipo de problema, ya que la mayoría éramos conocidos de ellos y sabían que lo que hacíamos era por ganar unos pesos, y si alguno pedía, con poco se arreglaba.Para que sepa cuál era la situación, muchas veces cruzábamos por el frente del resguardo viejo del Paso de las Piedras…Pero todos no procedían del mismo modo; recuerdo uno de apellido Moreno, ese era terrible”.*

Ya en territorio uruguayo, se marcaba el viaje rumbo al Tacuarí, y allí marchaban los cargueros. Delante lo hacía un hombre, que según el lugar tomaba diferente distancia de los restantes. *"Era el que abría el paso, y avisaba de cualquier movimiento sospechoso"*. Lo hacía con una "cangaya" (así era el mote con que llamaban a una carabina).Los restantes usaban revólveres, hasta que años más tarde surgiríadonElvecio Leonel Velásquez con otra "cangaya".

Recuerda queGerviter Porciúncula, cuando bebía durante el viaje algunos tragos de caña, siempre repetía la misma frase:que si en la oscuridad veía una autoridad, "*a quince pasos le dispararé con la carabina"*. Sus compañeros le preguntaban cómo los contaría, si en la noche no se veía nada; y él respondía: *"Pues más o menos"*.

La parte que se hacía más peligrosa era el trayecto hasta las picadas del río Tacuarí.Sus cargueros llegaban a Treinta y Tres, Charqueada, Santa Clara, Cerro Chato y hasta Batlle y Ordoñez.Recuerda que en las épocas sin lluvias y sin crecidas de ríos o arroyos, demoraba de cinco a seis noches para ir a Treinta y Tres, y las mismas para regresar; a Santa Clara, nueve noches. Pero también llegó a demorar un mes para ir y regresar a Santa Clara, porque encontraba los arroyos crecidos y no se podía entregar la carga.Nos comenta que a la caña se la conseguía vender pornoventa centésimos y hasta un peso "viejo" el litro, aunque no recuerda su valor de costo.

Don "P.P." hace una pausa; en su recuerdo surge un momento de nostalgia y nos dice: *"El mejor caballo que tuve, ¡pero caballo!, fue un rosillo… ¡Qué pingo! Se lo compré a Tito Fábrega a cien pesos"*.

Oyendo a Don “P.P.” me lleno de ansiedad por conocer más sobre sus historias; pero comprendoquecon 90 años, tengo que darle tiempo a su memoria para que, lentamente,me deje saber más sobre la vida de contrabandista.

Recuerda que los viajes se hacían terribles en las noches de invierno, cuando acampaban en los montes y además no se podía hacer mucho fuego.Cuando se conseguía autorización para pernoctar en algún galpón de una estancia, era un alivio; se les daba caña y un poco de tabaco como agradecimiento al capataz y peones. “*Ellos nos daban medio lanar, y si acampábamos cerca nos mandaban ir al otro día a buscar más”*.

“En la estancia de Urbano Saravia, a poca distancia de Treinta y Tres, cruzaban muchos cargueros. Allí tenían galpones muy grandes y dejaban pasar la noche y descansar. Además de caña y tabaco, llevaba caramelos de a kilo para repartir con todos, eran muy macanudos”.También recuerda cuando cargaba para Cerro Chato; estaba muy próxima la estancia de Francisco López, y siempre los autorizaban a descansar.

Llegados aestepunto de nuestra charla, le tenía que hacer una pregunta sobre los encuentros con las autoridades represoras del contrabando; había oído algunas historias, pero por primera vez me lo contaría un testigo fiel de aquellos años.

Comienza narrando Don “P.P.” que en uno de sus viajes casi matan a su cuñado.En esa oportunidad, cuando cruzaban las picadas del río Tacuarí en los campos que -en esos años- pertenecían a “Vasco” Varela, sin percatarse de lo que estaba por suceder, el regimiento les

comienza a disparar de los dos lados de la picada. Sorprendidos, los carguerosatraviesan; en ese momento en el frente estaba Carlos Luzardo, de la 7ª de Treinta y Tres, que trabajó largos años en los cargueros con él;más atrás, el cuñado y Don "P.P.". "*A Luzardo lo hirieron de un balazo en la paleta, al caballo se lo picaron a tiros, un barril lo perforaron a balazos; y a nosotros, que íbamos a su lado, no nos tocó ninguna bala".*

Don "P.P."deja la narración en suspenso y comienza con otra, así que nos quedamos sin saber cómo terminó esa historia.Ahora recuerda que, en Arroyo Malo, los policías mataron a un contrabandista de Santa Clara.De los policías más "perseguidores"menciona a Hilario Mujica y a un suboficial Ferreira. *"Era muy corsario, mató a un contrabandista de la cañada, una tristeza…Tenía una hijita de dos años".* También nos hace saber que había una cruz en el campo, cerca del puente en el Paso de la Arena, donde mataron al padre de Secundino Rodríguez.

Continuando con hechos trágicos,afirma que no recuerda haber oído que llevaran contrabandistas presos. *"A todos ellos les interesaba la carga, por eso cuando podían tiraban a los caballos; claro que, en la oscuridad, se podía acertar a cualquiera"*.

"*Había hombres, que a pesar de estar haciendo cosas que la ley no aceptaba, eran peleadores y no le aflojaban a los milicos"*.En el camino a Poblado Uruguay, muy próximo a la ruta 26, mataron a uno de losFeijó, que trabajaba en otro carguero. Se decía que usaba dos cintos de balas:*"se sentaba en un «tacurú» y les hacía frente, no paraba hasta que se iban los milicos o se les terminaban las balas; hasta que un día lo mataron de varios balazos"*.

Cuando hacían el camino de retorno, se cargaba lana y cuero para el Brasil, ya que del otro lado de la frontera se cotizaban a mejor precio.“*Algunos estancieros y propietarios de barracas de los alrededores desviaban para el Brasil”*.Había dos modalidades de hacer negocios: se compraba la lana y el cuero y se revendía, o los propietarios pagaban por el flete. “*El cruce en el río se hacía de la misma forma que con la caña: estando bajo el río, de a caballo; si había creciente, en bote.Se entregaba en los lugares establecidos, y regresábamos a descansar nosotros y los caballos”*.A los pocos días de estar con la familia, ya se comenzaba a organizar otro “carguero”.

Con los relatos de Don “P.P.” quedamos casi satisfechos; le aseguramos que su vida en los cargueros no quedará en el olvido. Cumplimos con lo solicitado: no mencionamos su nombre en el relato… perolos familiares y amigos, al leerlo, seguramente lo identificarán.

Gracias,don “Paso de las Piedras”; espero en algún momento compartir el asado y el vino al que usted tan gentilmente nos invitó.

DonElvecio Leonel Velásquez

Cuando entrevistamos a Don “P.P.” nos informó que el único contrabandista que trabajó junto a él en los cargueros y que estabatodavía vivo, era donElvecio “El Manco” (luego sabríamos que no era así). A partir de ese momento, comenzamos a bregar por saber su domicilio, lo cual no se hace difícil, ya que varias personas afirman que está internado en el Hogar de Ancianos de Río Branco.

Cuatro días más tarde, visito el hogar; me recibe una funcionaria a la que amablemente explico el motivo de estar allí y al mismo tiempo

solicito hablar con él. Me autoriza, aunqueadvirtiéndome que donElvecio, entre varios problemas de salud, tiene una memoria bastante frágil; sin embargo, como estoy acostumbrado a dialogar con personas de edad avanzada (y sus familias quedan sorprendidas con lo que logro rescatar de sus memorias), camino bastante confiado de tener un buen resultado.

A los pocos pasos, allí estádon Velásquez, sentado en una silla en la esquina de uno de los corredores. Muchos años atrás lo había visto en varias oportunidades, transitando en un carro por las calles de la ciudad; pero hoy me recibe con sus 93 años y una figura muy envejecida. Nos saludamos, le pregunto como está, y me hace saber que tiene problemas de visión. Intento establecer un diálogo, pero al ver la forma en que se le dificulta expresarse, voy directo al tema preguntándole sobre su trabajo en los cargueros.

DonElveciorecuerda muy poco, pero alcanza a contarme que trabajaba en los cargueros con Don "P.P." y un hermano suyo cuyo nombre no consigue recordar (luego sabríamos que se trata de Don Juan Mar Velásquez). Nos dice que montaba un caballo tostado, y cree haber cargado caña y lana; también relata que para los viajes usaba una carabina y que, en una oportunidad, a poca distancia de Poblado Uruguay, se enfrentó con los milicos "golpeando" seis veces el gatillo y se disparó solo una bala, pero no perdió la carga.

Cuando donElvecio abandonó los cargueros, comenzóa trabajar en las arroceras, hasta que en la de "Kako" Cruz perdió un brazo en una polea del secador. Narra algunas otras historias; pero consultando a sus más allegados,concluimos que son fantasías de su imaginación.

Al comprender que no obtendremos más información, nos despedimos agradeciéndole por las experiencias compartidas. Él se queda allí, en su sillón, acunando los años... ¡Quién duda que se imagine todavía, al galope en su tostado, “rumbeando hacia el Tacuarí”!

Don Juan Mar Velásquez

Dentro de las investigaciones que realizo existen varios puntos que debo verificar, para que éstas sean lo más correctas posibles. A mi entender, corroborar los datos obtenidos de los memoriosos, y encontrar la mayor cantidad de testigos posible que los justifiquen, se vuelve importantísimo.Así es como llego a Don Juan Mar Velásquez, de 81 años, que junto a su señora esposa Elfa Dos Santos de 70 años, me recibe en su domicilio.

Con problemas de audición, pero con una memoria excelente, comenzamos un diálogo muy extendido sobre los cargueros.Como la mayoría de los entrevistados, empieza aclarando que era imposible conseguir empleo en los arrozales, ya que estaban llenos de brasileños que venían a trabajar *“por un sueldo de hambre”*.

Comenzó a trabajar en los cargueros a los 17 años de edad, cuando vivía en el Paso de Las Piedras.Recuerda que lo hacía con los hermanos Feijó, y su primer patrón fue Carlos Luzardo (para ese entonces viajaba tambiéncon ellos su hermano Elvecio), transportando la carga a Santa Clara, Cerro Chato, Treinta y Tres y Tupambaé.

A los pocos años comenzó con los cargueros de Don “P.P.”, pero jamás viajó junto a él, sino que lo hacía por separado: recibía la carga y viajaba con otros hombres “rumbeando” hacia Cerro Chato.

"Salíamos por las noches hacia el Tacuarí; si estaban crecidas las picadas había que esperar a que dieran paso, se hacía difícil, y si era invierno peor aún".

Aliviado, nos dice que jamás tuvieron encuentros con las autoridades; pero recuerda una historia respecto de los hermanos Silva, que trabajaban en otro carguero *"Mataron a uno de ellos, pegado a los campos donde vivíamos. Era atrevido;voleaba la pata, se tendía de barriga en el pasto y comenzaba a tiros con los milicos"*.

Por lo general su columna era de veinte caballos y de cuatro a seis hombres.La caña era transportada en barriles de 50 litros.Los comestibles y utensilios para el uso durante el viaje lo cargaban en el medio de los barriles; lo más común era arroz, fideos, café, sal, azúcar, algunas galletas duras, una olla, y jarro a modo de caldera.

Los hombres de los cargueros tenían un santo protector, que para la mayoría era San Jorge. Él lo llevaba en un sobre pequeño hecho de cuero, y con un tiento fino colgado del cuello.

En los alambrados de las estancias habían "apretadas" que se cruzaban y se volvían a enganchar. "*Jamás se dejó un alambrado en el piso"*, asegura. Siempre procuraban hacer campamento en las proximidades de alguna estancia, así se iba a buscar de a caballo medio lanar.

Recuerda que en departamento de Treinta y Tres, en la estancia de los Furé, sus propietarios le hacían pedidos de varias mercaderías brasileñas, entre ellas caña dulce marca Las Delicias –*"era muy buena caña*", aclara-, "pessegada" (dulce de durazno en lata) y batido de coco

con caña.Además de la caña en barril, se llevaba para los comercios tabaco, rapadura, y caña en botella de la marca ya mencionada.

A modo de anécdota don, Juan mencionaque en las proximidades de Cerro Chato, en el departamento de Durazno, se pasaba con la carga por detrás de la comisaría, pues el comprador se daba muy bien con la policía y daba la orden de dejar en la esquina de la comisaría dos barriles; y al regreso allí estaban, vacíos, para traerlos.

En una oportunidad, cerca de Santa Clara *"había un arroyo muy crecido que parecía ser el OlimarChico*"; fue imposible cruzarlo, y estuvieron acampados en la gruta conocida comoCueva del Tigre, en la sierra del mismo nombre. *"Estuvimos casi un mes esperando que las aguas bajaran.Acampamos fuera de la cueva, ya que en el interior estaba muy sucio, y había animales y cruceras; salíamos de a dos en los caballos a rescatar comida: tatú, mulita y huevos de ñandúes, que había muchos nidos"*.

De tantos recuerdos, rescata el "julepe" (susto) que se llevó en los campos de los Coroneles, cuando acamparon en el monte del río Tacuarí.

"Rodeamos el monte junto con Arazatíy Fausti Rodríguez, mientras que su padre Pablo ("Mondongo") se quedó en el fogón". La mañana estaba perfecta para un chapuzón, y los tres atravesaron el río por un empedrado angosto. *"Pero por el color del agua, era muy profundo"*.Luego de hacerlo varias veces, Rodríguez se cansó; *"quiso manotear un gajo de sarandí, pero le erró el manotón y se perdió para abajo del agua"*. Don Juan, muy atento, corrió al lugar. *"Cuando subió*

hacia la superficie, tirando manotones, se prendió de mi brazo, y ahí yo atiné a sujetarme del sarandí y lo saqué para afuera".

Cargó mucho tiempo lana para el Brasil; la transportaba al estilo carguero, y otro poco en "montaría", que consistía en colocar un fardo de aproximadamente 100kg, dividido a la mitad de cada lado del caballo, y el jinete montado en él.Con el pasar de los años, abandonó el contrabando y se dedicó al trabajo de alambrador, primero junto a su padre, y luego continuó solo esa profesión.La entrevista se termina con mi promesa de volver a visitarlo, y llevando conmigo la historia de otro contrabandistacon cargueros del río Yaguarón.

DonGerviter Porciúncula

Recabando testimonios de los memoriosos, vecinos y compañeros de contrabando nos hacen saber que donGerviter, a pesar de haber sido un hombre que apreciaba un trago de "caña buena", fue siempre un gran compañero preocupado por el bienestar de su familia.A través de las memorias de su esposa,doña María Elena Núñez, de 86 años, y uno de sus hijos, Milton Porciúncula, de 64, les haremos saber un poco más de la vida de otro contrabandista de cargueros.

DonGerviter falleció en el año 1994 a la edad de 71 años, habiendo sido padre de ocho hijos. Había comenzado trabajando en los arrozales como "horquillero" en momentos de cosecha, pero no lo dejaban salir, apenas algún día para ver a la familia; por tal motivo y otros más, decidió abandonar la arrocera y dedicarse al contrabando con su hermano Agapito Porciúncula, cargando para Cerro Chato.

“Agapito era muy bueno con él: le daba cuatro barriles de caña con 25 litros cada uno, para que se ganara unos pesos a más”, comenta Doña María.La mercadería se cargaba en los comercios del otro lado del Yaguarón, llamados depósitos.Se cruzaba por la tarde, con previo aviso a los policías que hacían la guardia de la costa;con la mayoría había que “arreglar” para no tener problemas, aunque algunos eran muy buenos, y sabían que había una familia esperando para alimentarse.

DonGerviter viajaba con un revólver calibre 38, y una carabina Mausserde caño recortado. Con el pasar de los años, aparece donElvecio Velásquez con otra carabina; los demás del carguero tenían revólveres.

Doña María recuerda que,de niña, en su casa hacían relatos sobre contrabandistas “muy malos”, y hasta “asesinos” que se enfrentaban con el ejército y la policía a tiros sin hacer “arreglos” para pasar.

“*Cuando mi marido contrabandeaba, había cantidad de cargueros cruzando por los campos que pertenecían a don Juan Muñoz, Picada de la Cadena.Cuando no había carga con Agapito, viajaba con Don P.P. con sus cargueros”*.

La vida en el rancho no era para nada fácil;doña María relata que su marido, antes de partir, le dejaba las tierras prontas para ella cultivarlas con su hija mayor. Además, con una máquina de costura trabajaba *“para todos en la zona”*. El último año de costurera, recuerda haber confeccionado 105 túnicas escolares para los alumnos de la escuela de Poblado Uruguay. *“El Maestro Director, Adán Castro, me pagaba todas las túnicas, pero me pedía que no lo hiciera saber a nadie”*.También, por un largo período, trabajó para la Cooperativa Manos del Uruguay.

De los relatos que he oído, la mayoría de los testigos apuntan a hablar de los encuentros con las autoridades que hacían represión al contrabando, y son unánimes al decir que el mayor peligro eranlas tropas del ejército (llamados soldados de línea). Los testimonios de doña María y su hijo Milton nos ilustran sobre algunas de ellas.

Cada noche que llegaba Gerviter de viaje, luego de soltar los caballos y mientras su esposa le preparaba de comer, todos los hijos se sentaban alrededor del fogón a oír los relatos que él les hacía de cada viaje, los cuales se extendían hasta la madrugada.

Una noche, como siempre muy oscura, salió el carguero apuntando a los montes del Tacuarí. En esa oportunidad montaba él un tordillo "tiro liviano", que era de todo trabajo: lo colocaban en el carro, luego en el arado, y para mantenerlo en buen estado se le daba de comer dentro de la chacra.

Salió al frente del carguero; para dar alerta a cualquier movimiento sospechoso, lo hacía dando un disparo al aire, pero la noche estaba muy oscura. Muy próximo al puesto policial (no pudimos saber el lugar exacto), se baja del tordillo dejándolo a rienda suelta, y se aleja por una zanja, esperando a los cargueros que no llegaban. Cuando regresa, nota que el tordillo estaba con las riendas atadas a un árbol; en ese preciso instante le dan la voz de alto, y los disparos comienzan a romper el silencio de la noche.

Nos dice Milton: *"La tropa esa noche estaba al mando del capitán Porciúncula; mi padre no los vio, habían escondido el jeep en el bosque de Gallo y salieron de a pie por las zanjas existentes en el lugar"*.

Se escucharon, según los testigos, más de un centenar de disparos; pero ninguno lo acertó. No corrió la misma suerte el tordillo, al que balearon en una mano, y al otro día se enteraron de que le habían sacado el cuero, sin que lograran entender "*el motivo de esa maldad"*.

Relataba Gerviter que los soldados disparaban hacia un lado y la columna huía en el otro sentido, y se desparramaron hacia todos los lados, siendo que alguno paró recién cuando llegó a Río Branco.Doña María, al oír los disparos les hizo saber a sus hijos y todos salieron para afuera del rancho.

"Era para el lado de los González". Tenían un perro llamado Malandro, *"y cuando uno de los gurises dijo:'Es papá', el perro se puso nervioso y luego muy malo, tanto que me tira haciendo que me sujetara a la pared del rancho"*.Luego de varias horas llega DonGerviter, extenuado de caminar en la oscuridad de la noche, con las botas de suela en sus manos.Por largo tiempo el arado, el carro, y todos en el rancho estuvieron muy tristes por el tordillo, que ya no pastaba en la chacra.

Recuerdan que cuando había encuentro con las autoridades, desde el rancho se oían los tiros, de los cuales se podían diferenciar el sonido de los revólveres, pistolas y de la carabina de DonGerviter; cuando el encuentro era con el ejército, los fusiles de los soldados ya se hacían más parecidos, pero igual se podían distinguir.

Ellos reafirman lo que casi todos los testigos nos dicen: que con los guardias y policías no había tanto problema, ya que ellos en una "topada normal" no disparaban a matar, buscando en cambio acertar a los caballos, principalmente al del medio, ya que lo que querían era la carga

que llevaban.Lo peligroso quedaba por cuenta del ejército: *“esos sí disparaban sin ninguna compasión”*.

DonGerviter contaba la mala pasada que le jugaron a un grupo de aduaneros. Un administrador de una estancia de la zona no quería hacerles “apretadas” en los alambrados para cruzar con los cargueros, no dejándoles otra solución que cortar los alambres. Este hombre, enojado,llevó una casilla para que los aduaneros la usaran a modo de puesto o resguardo.Una noche, éstos -todos armados- consiguen aprehender todos los cargueros con lana que llevaban para el Brasil.

Ya de madrugada, los aduaneros en el interior del puesto festejaban lo incautado bebiendo caña a discreción; pero cuando el alcohol comenzó a hacer efecto y la farra se hacía notar, Gerviter y sus compañeros regresaron, y mientras unos custodiaban la puerta armados, los restantes se llevaron la carga y los caballos. Se recuperó todo lo aprehendido, y se cruzó para el Brasil; y por mucho tiempo se comentó entre los integrantes del carguero a modo de “farra” lo sucedido.

“Agapito era muy buena persona, pero de a poco fue abandonando los cargueros, y pasándole las cargas de lana para mi marido”, dice doña María.

Agapito en algunos viajes ya no iba, y entre los integrantes del grupo comenzaron a darse cuenta que en cada viaje faltaban parte de los arreos.Hasta que un día llega un jinete, comunicándole que mientras hacían el descanso, *“se habían robado toda la carga de barriles junto con los bozales de los caballos”*.

Agapito ensilló su caballo, se colocó el 38 en la cintura y partió al encuentro de su gente, al mismo tiempo que avisaba a los policías del puesto más cercano; y con la ayuda de éstos, lograron ubicar al autor del hurto dentro del monte, quien -mientras Agapito lo amenazaba con el revólver yGerviterle apuntaba con la carabina- indicó el lugar donde se encontraba el cargamento.

Lo que jamás pudo perdonar Agapito, es que el ladrón había sido uno de sus propios empleados y compañero de tantos viajes.No obstante, y asu pedido expreso, no se hizo la denuncia formal a la policía ya que todos eran amigos y sabían que lo hacía para dar de comer a la familia.

Los años pasaron. Con el precio de la caña en suba, traerla ya no se hacía rentable, y Agapito decidió abandonar el contrabando.Gervitercontinuó contrabandeando lana para el Brasil en las dos modalidades (cargueros o montarías); recuerdan que, con el Yaguarón crecido, se cruzaba en un bote de a cuatro medios fardos, y con contrabandistas en las dos márgenes del río.Esta lana la adquiría en estancias de los alrededores, o a barraqueros de la zona.

Los últimos años de contrabando se dedicó a cruzar ganado de hacendados, también de la zona. En una oportunidad, el policía Acosta de Poblado Uruguay lo descubrió, y comenzó a hacer disparos; el ganado se desparramó, y no consiguieron reunirlos nuevamente.

El contrabando de ganado se hacía peligroso, y cuando el propietario se enteraba de que la maniobra había quedado al descubierto, rápidamente la denunciaba como robo; y los contrabandistas decían: *“Contrabandista sí, ladrón no”*.

Don Milton Porciúncula nos relata que con 16 años se llenó de coraje: “embarcó” con su padre en una carga con lana. Ya era medianoche, cuando en el monte comenzó a oír explosiones, una detrás de otra; viéndolo tan asustado, su padre lo calmó diciéndole queen Poblado Uruguay estaban festejando…¡porque era primero de enero!

Guaberley Ramos, “El Tero”

Visitamos a don Ramos en su domicilio en Poblado Uruguay; con sus 71 años es un hombre muy espontáneo, y enseguida muestra su cordialidad al recibirme.Le explico el motivo de mi visita, y de inmediato comienza a relatarme su vida de contrabandista.

Desde muy joven observaba desde su casa cruzar cargueros, “*y mi sueño era ser contrabandista”*; hasta que, cuando contaba 18 años,don Agapito Porciúncula lo invitó a hacer un viaje con sus cargueros, a lo que prontamente aceptó. *“Ensillé a las cuatro de la tarde, y a las cinco ya estaba marchando junto a los cargueros a buscar lana”*.

Ayudó a llevar cargueros de caña de la costa, pero lo más lejos que fue es hasta el arroyo Parao.Se dedicó a la lana y cuero, ya que en esa época “valía la pena”; la traían de todos los establecimientos de la zona, y algunos propietarios de barracas se la llevaban a Cañada de Santos, o Puntas de Sauce. “*Y de allí nos hacíamos cargo nosotros de pasarlas al Brasil”*.

Con el pasar de los años, se dedica a contrabandear solo con un socio “el Indio Rosas”; pero cuando Agapito los necesitaba, ellos estaban a las órdenes, porque “*el tío Agapito era muy buena persona”*.

“Con el Indio trabajamos lo máximo con doce caballos, pero a veces nos juntábamos con otros y llegábamos, por lo general, a veinte”.Recuerda que cuando en el Paso de Las Piedras y las picadas próximas estaba complicada la pasada, se hacía por el Paso de la Armada. “*Donde hoy está la cabaña Sarandí nos daban para tener los caballos. Había unos galpones grandes; Agapito organizaba la carga, y junto con Santos Pimentel, que conocía todas las picadas, nos guiaba hasta la costa del río”*.

Con la policía casi siempre se entendía bien, pero *“yo no hacía arreglos antes de salir; el tío Agapito había hecho arreglo con uno, y luego en el camino le quitaron todo”*.

Don Ramos nos cuenta: *“Ese mismo policía me decía 'Gurí', debido a que yo era el más joven de los contrabandistas; me decía que debía hacer arreglo con él, y yo le decía que no, que me atajara en la noche y ahí hacíamos el arreglo. Enojado me decía: 'Gurí, vos sos muy creído', y los otros me decían que yo era loco”*.

Y continúa con su relato: *“Peores eran los del ejército. En el eucalipto solo, en la entrada del poblado,'nos deschalaron', nos quitaron más de veinte caballos con toda la carga, nos tiroteamos y fui el último en salir con Oriente Rodríguez. A poca distancia encontramos tres caballos con la carga, y nos vinimos con ellos”*.Recuerda que los caballos aprehendidos fueron llevados para un puesto que tenía el ejército en Sarandí de Barceló, donde estuvieron un mes, y luego para la aviación en Melo. “*Después, no supimos que rumbo tomaron”*.

En ese encuentro mataron una yegua gateada de Agapito, que tenía 18 años en el carguero. “*La llamábamos La Portera; cuando*

llegábamos a una portera o apretada, se le comenzaba a hablar: ella cruzaba, y el resto de los cargueros la seguía". En esa oportunidad llevaban más de treinta cargueros, y consiguieron recuperar unos pocos. *"A poca distancia de la casa de Bueno Gallo tuve encuentro con la policía; me quitaron ocho cargueros. La yegua gateada, que hacía de puntera y llevaba la cocina, se me fue con todo, inclusive con la olla, platos, galletas y charque. En esa oportunidad lo único que se rescató fue un caballo, Mamarracho.Era muy bellaco; lo trajo Agapito, no sé cómo lo hizo"*.

Recuerda que, sin cargueros para trabajar, se dedicó a tropear ganado para Juan Muñoz en Puntas de Sauce. "*Un día Muñoz me da la orden de ir a hablar con él, acompañado por el tío Agapito; nos dice:'el Vasco Hernandorena tiene once caballos para la venta; si les sirve, levántenlos'. Nos arreglamos con el Vasco, y en cuatro días ya los teníamos mansos de la cola, con lo cual arrancamos nuevamente con el contrabando"*.

"A principios del año 1977 me casé, y mi señora no quería que continuara con el contrabando; además mi madre siempre me pedía lo mismo, ella pasaba las noches sin dormir. Entonces decidí abandonar mi trabajo de sueño de gurí".

Ya retirado, recuerda que el "Indio Rosas" le pidió para cuidar las porteras en el Paso, cerca de lo de Ramon Curto. "*Era una noche de luna no muy clara; el tordillo paró las orejas, me agaché y vi a dos que venían de a caballo. Pasé la portera y en vez de salir por el campo, salí al camino;ellos me siguieron al trote, pero en los eucaliptos me escapé y fui a avisar a los cargueros. Pero éstos habían cambiado el rumbo, y se*

*dieron de frente con las autoridades".*Resultado: perdieron toda la carga y Arazatí Rodríguez fue herido de bala, pero no fatal. *"Lo más increíble es que a pocos metros cruzaba Nicomedes López con sus cargueros, y no los vieron".*

Al terminar la charla, le pido una fotografía;don Ramos, como siempre muy cordial,me autoriza, y un gato que ni sabía de qué se trataba, aprovecha también para ser fotografiado.

Ramón Vergara Casavieja, ''Chiche"

Durante la entrevista a donGuaberley Ramos, menciona el nombre de Ramón Vergara (ya fallecido), quien había sido uno de los últimos contrabandistas de cargueros junto a sus hijos. Con esa información, me hago al camino en procura de alguno de ellos que quisiera relatar la vida de contrabandista junto a su padre; y es así que llego a Heber. Le explico el trabajo que estoy realizando, y junto a su hermano mayor Ramón nos reunimos y me ofrecen sus relatos.

Cuentan que Don Ramón, desde muy joven, comenzó como peón en los cargueros de los Rodríguez, marchando hasta Santa Clara, Cerro Chato y Tupambaé.A la edad de veinte años empezó a contrabandear bajo su responsabilidad con un solo carguero; y luego, con parte de las ganancias, fue comprando barriles y caballos para ir aumentando la capacidad de carga.

Comenzó llevando caña para Treinta y Tres con Nelcio Rosas, que hacía de peón, pero era su compañero y amigo de viaje.Con el dinero de la venta de la caña, a su regreso venía recogiendo en las estancias cueros de ovejas y lana, ya que estos se pagaban bien en el Brasil.Con la

ganancia que obtenía con los cueros y lanas, a su vez, se surtía de caña para un nuevo viaje.

Don Ramón siempre trataba de no toparse con otros cargueros que eran abundantes en la zona, ya que él no hacía arreglos con guardias y policías.Pasaba la carga en el río y llevaba hasta Cañada de Santos, donde era su domicilio, o la dejaba en casas de algunos vecinos. Luego de dos o tres días se acomodaba todo para luego salir a Treinta y Tres.

Cada caballo llevaba en el lomo cuero de lanares, que era más suave para ellos, y un colchón que se hacía con pasto o paja de arroz; luego se colocaba un barril de cada lado, los cuales se sujetaban con dos encimeras o "cinchas", y una tercera que sujetaba el basto. Al medio de los dos barriles de 50 litros se cargaba otro con 25 litros de caña, o azúcar si había pedidos.Para ir de Cañada de Santos a Treinta y Tres se demoraban cinco noches.

Heber y Ramón recuerdan que, aun cuando eran muy niños, se hacían cargo de repartir la caña en "Dragón" (Plácido Rosas) y Pueblo Presidente Vargas, donde el policía Francia era muy bueno con ellos y en varias oportunidades los ayudaba a arreglar la carga.

Don Ramón, como varios de los contrabandistas, le temía a algunos policías: se recuerda al oficial Ferreira y a los comisarios Mujica y Lelis Da Silva, los policías Rolando y "Cacho" López, entre otros.

Al llegar a Treinta y Tres la carga se dejaba en una estancia a poca distancia de la ciudad; tenían todo más o menos bien organizado.Al amanecer, don Ramón usaba un carruaje que tenía allí para levantar los pedidos, y luego, a la noche, se hacían los repartos. "*Lo hacíamos*

montados en los caballos con dos barriles, y nos emponchábamos para tapar la carga, no importaba si hacía mucho calor", relatan los hermanos Vergara.

Cuando acampaban en los montes de alguna estancia, se llegaba antes del anochecer. Los peones, cuando los veían, se acercaban para darles novedades; de lo contrario iba uno a pedir carne y avisar que estaban allí.Cada vez que hacían campamento se repetía lo mismo; "*si llegábamos temprano de la noche, o a la una de la mañana, igual lloviendo se juntaba leña y había que cocinar"*.

Además del trabajo que pasaban, la falta de recursos económicos marchaba junto a los cargueros. *"La galleta que llevábamos para comer se partía con el facón, y adentro estaba ardida; para sacarle el olor y el mal gusto la pasábamos por el fuego. Cuando sólo teníamos charque (carne salada) separábamos la carne del hueso, y la colocábamos en una punta de madera, la llevábamos al fuego y cuando estaba caliente, la colocábamos dentro de la galleta"*.En pocas oportunidades llevaban harina, y cuando esto sucedía hacían torta fritas amasadas en el basto del caballo.

Continuando con sus historias, me hacen saber sobre los controles que hacían las autoridades: *"La policía siempre visitaba las estancias haciendo averiguaciones sobre algún robo o similares; dos por tres nos topábamos con ellos. Los administradores y capataces hacían de todo para alejarlos de nosotros, pero ellos igual desconfiaban al ver mucha tropilla con caballos cansados y con las colas finas, de andar atados unos con los otros; además inspeccionaban los alambrados por las apretadas"*.

Don Ramón no se perdía nunca; en las noches más oscuras, en las "apretadas" se equivocaba lo máximo por un poste, y conocía todos los pasos y picadas en los montes.Tenía un caballo, el "Toco", que lo dejaban suelto de riendas y él llevaba a todos los demás. *"No se le gritaba, entendía todo con silbidos; cuando había que arreglar la carga o cualquier otro motivo, el seguramente sujetaba a los otros"*.

Todos los entrevistados anteriores me habían contado que no llevaban perros, pues alertaban a cualquiera que estuviera a poca distancia de ellos. Por eso me causa curiosidad cuando me dicen: *"llevábamos un perro ovejero corbata llamado Tony; jamás ladraba, y era muy bueno cazando mulitas. Cuando los pasos estaban crecidos lo colocábamos encima de un carguero, y allí permanecía quietito"*.

Allá por el año 1971, cuando estaban en Treinta y Tres, comenzaron lluvias intensas; los ríos, arroyos, y bañados en esa zona estaban crecidos. Cruzaron el arroyo Leoncho a nado, y lo mismo los bañados en los campos de Gil Cardoso, hasta llegar a la estancia La Teja, con ellos y todos los cargueros mojados.

El Tacuarí estaba crecido, sus aguas llegaban al Paso Nivel o parda 4.15. "*Nuestro padre tenía urgencia de llegar al Yaguarón; no sabíamos el motivo, pero él no quería esperar*".

"Papá ensilló temprano y llegó al puente del Tacuarí, que lo estaban construyendo; habló con los encargados de la empresa que hacían el trabajo, y al anochecer partimos con los cargueros.El río tenía una corriente terrible; cruzamos por dentro del plantío que aún está en la orilla de la carretera, apretamos los alambres, que estaban más de la mitad debajo del agua, y llegamos a la cabecera del puente. Sorpresa fue

al ver que el puente tenía solo una senda construida, y le faltaba las barandas. Nuestro padre tomó la delantera y cruzó con tres cargueros, con las riendas bien cortas; luego nosotros -que sólo de pensar que si un caballo se asustaba era el fin para todos- conseguimos cruzar, y continuamos el viaje hacia la frontera". En ese viaje los acompañaba también Elbio Maciel.

Heber rememora que su madre se vino a Río Branco para que algunos hermanos frecuentaran la escuela, pero él se quedó en la campaña, y recuerda momentos difíciles. "*Yo era muy pequeño, mi padre salía a juntar lana en la zona en un carruaje y me llevaba con él junto con una mamadera de leche para alimentarme"*.

En el año 1979,el Ejército fue a su casa. "*Cuando papá salía lejos, me quedaba en la casa de los mellizos Cuadrado, y cuando él regresaba me venía para mi casa. Cuando llegué, estaba rodeada de soldados, y a mi edad no entendía lo que sucedía.Me preguntaban:'¿Y el otro?¿Y el otro?'Se trataba de Nelson Rosas, que había conseguido huir"*.

"El de más grado o encargado había ido en jeep con tres soldados más, pero era muy macanudo.Toda la carga de barriles estaba en un cuartito, y a mi padre lo tenían encima de un montón de arena, custodiado sin dejarlo moverse; como yo era un niño me dejaban caminar en los alrededores. Luego algunos de ellos vinieron al destacamento de Río Branco, en busca de más soldados y un camión para llevar la carga".

"Querían encontrar la carabina que tenía papá, ya que el soldado Martínez era conocido y sabía de la existencia de ella; estaba en el cuarto, entre la pared y el ropero, pero le dio tiempo a papá a darle un

toque haciéndola caer para detrás del ropero, y no la encontraron". No fue así, en cambio, con el revólver 38; *"el revólver estaba encima de los barriles, junto con el cinto. Papá lo tiró para atrás, pero al cargar los barriles lo encontraron.Se llevaron toda la carga, y el mayor problema fue el arma encontrada.No sabemos las causas, pero papá no fue llevado a prisión"*.

Don Ramón continuó trabajando hasta el año 1980;Ramón y Heber me dicen que todos los hermanos varones trabajaron en los cargueros. *"Al nacer, prácticamente lo hicimos encima de los cargueros; teníamos que hacerlo para ayudar a nuestros padres a sobrevivir. Jamás nos sobraba un peso, era para la comida y alguna ropa".*

Don Agapito Porciúncula y sus ‘‘asombraciones"

¿Quién, al día de hoy, no ha oído de alguna persona que relateencuentros con hechos sobrenaturales, aunque jamás hayamos sido testigo de uno?Bueno:don Agapito, siempre que había oportunidad, hacía saber sobre sus "vivencias" en sus viajes con los cargueros, y entre ellas un tipo de experiencias que puede calificarse de sobrenatural.

Según él, estos sucesos casi siempre se manifestaban en las picadas del monte del río Tacuarí; algunos de ellos se repitieron en varias oportunidades, y otros sólo una vez.

Cierta noche muy oscura, él y Tito Fábrega -que iban delante de la columna-, advirtieron a un par de metros al frente, un bulto blanco, el cual después de cruzarse varias veces en la picada, les pareció que se trataba de un chivo (o algo muy similar), de color blanco y gran tamaño. Don Tito desenfundó el revólver y quiso dispararle, pero Agapito no se lo

permitió; al amanecer, en el campamento, le hizo entender que se trataba de algo fuera de lo normal, y no se le debería disparar. De esa noche en adelante varias veces divisaron ese “chivo”, que jamás les causó daño.

Otra de las apariciones repetidas fue “la mujer de blanco”: se paseaba al frente de los caballos, de un lado para el otro de la picada, al punto de que, en un momento dado, nuevamente Don Tito se despega de la columna y parte con la fusta hacia “la mujer de blanco”; pero don Agapito lo reprende, y don Fábrega sujeta el caballo.

Si esas historias conseguían dejar oídos atentos alrededor de los fogones, el “julepe”más grande fue con “la luz mala”, según decía Agapito.Una noche, enseguida del Tacuarí, cuando se pretendía cruzar una “apretada” en el alambrado, al desenganchar el alambre del poste surge de él una luz intensa que paralizó de miedo a todos; la orden fue de retirada, y cruzar un par de cientos de metros más arriba.

Infelizmente hoy no está Don Agapito para contarnos más de ello, y tampoco Don Tito Fábrega para corroborar los sucesos; pero algunos memoriosos lo guardaron en sus recuerdos, para que nosotros nos preguntemos: ¿cuál sería el más peligroso? ¿El chivo blanco, la mujer de blanco, o la luz mala?

Otros testigos aportan más información

Como mi propósito era investigar y recoger el máximo de datos posible, me entrevisté con algunas otras personas que también vivieron los años de contrabando a modo de cargueros.

Recordaron a algunos policías que hacían guardia en la costa del Yaguarón: Mercedes Silva, Delgado, el Sargento Artigas Pintos, entre otros; pero estos tenían la condición de que,si se les comunicaba y a su vez les pedían para cruzar la mercadería, no dificultaban en absoluto. Tanto era así, que en la casa de Pintos les permitían al "Gorila"Balleste y "Catango" Araujo dejar las cargas hasta el anochecer, para luego partir con sus cargueros.Estos dos contrabandistas llevaban sus mercaderías hasta los parajes del Oro, en el departamento de Treinta y Tres; allí los esperaba Oreste Vinai con un camioncito, les compraba todo y luego continuaba el viaje rumbo a Montevideo.

Así como había policías que comprendían la necesidad de estos hombres de hacer del contrabando una forma de sustento, otros eran totalmente indiferentes, tanto en su forma de pensar y actuar.Recuerdan que el Suboficial Ferreira era uno de ellos: se hacía muy difícil tratar de convencerlo, y si se le mentía, seguro que los perseguía para demostrar su autoridad. Infelizmente así sucedió con don Belén; no se sabe bien la causa o motivo, pero luego de un intercambio de disparos,don Belén se quedó sin balas y huyó, escondiéndose en un pozo de agua ya en desuso. Allí Ferreira, montado en su caballo, le disparó dándole muerte.

Don Eduardo Cándido, de 75 años de edad, de sus recuerdos de juventud nos relata que allá por el año 1959, en el paraje "La Calavera", en los campos de Colón Rodríguez (departamento de Treinta y Tres), había una zanja bastante profunda que hacía divisa con lo de "Lolo" Batista, y a pocos metros había unos árboles de coronilla. Paraban los cargueros debajo de ellos, y enganchaban los barriles en unas rondanas;

palmeaban el anca del caballo, y luego de que los barriles estaban en el suelo, los llevaban al agua.A cierta profundidad, había postes de piedras con alambres; ataban los barriles y los tironeaban, hasta que estos quedaban escondidos debajo del agua. Allí permanecían durante el día, hasta que al anochecer los recogían y salían con los cargueros.

En los campos de Vairo Machado, en el Paso de Píriz-también en el departamento de Treinta y Tres-, los contrabandistas escondían los barriles en taperas (ranchos abandonados) que había allí, y en el verano colocaban veinte o treinta barriles vacíos en unas lagunas muy próximas. "*Oímos hablar de que las colocaban en el agua para que la madera se hinchara, pero nosotros jugábamos haciendo que eran caballos potros en el agua"*.

El progreso poco a poco fue transformando el contrabando en la frontera.Con la llegada del ferrocarril, a los pocos años comienzan a llegar los quileros/as o "bagayeros/as", como eran llamados. Tras la construcción de carreteras, las empresas interdepartamentales de transporte de pasajeros llegan a Río Branco y son utilizadas por éstos para llevar sus bolsos y maletas; pero el contrabando sigue su camino, aunque ya no será la caña, tabaco, azúcar, ni rapaduras, el llamado "bagayito inocente".

La escala económica ha cambiado:el contrabando ya no se hace a lomo del caballo o con riesgo de vida.Hoy en nuestra frontera se hace sobre ruedas; y como lo vemos y oímos en la prensa,a través de los partes policiales y aduaneros, ahora lo incautado son drogas, electrodomésticos y otros, por valor de miles de dólares.

Las picadas se cerraron;a los barriles ya no se los ve; las carabinas y los 38 no silban en el monte; el tostado, el rosillo y el tordillo descansan, quien sabe bajo qué suelos.La mayoría de los “trabajadores” del contrabando ya no están, y los pocos que restan aún recuerdan a sus colegas caídos; las cruces que atestiguaban la muerte de estos valientes, yacen ahora escondidas y cubiertas por los cardales.

Pero como decía don Agapito, “*existen figuras sobrenaturales”*; y que lo digan hoy algunos vecinos de Poblado Uruguay o Paso de Las Piedras, si en las madrugadas sin luna no se oyen todavía las patas de los caballos de algún carguero, rumbeando para el Tacuarí…

***

A todos los que aportaron testimonios, o informaciones para este trabajo, a todos los que tienen sus raíces en las zonas vecinas a las márgenes del río Yaguarón, y las que están en la senda imaginaria que atraviesa Cañada de Santos rumbo a las picadas del Tacuarí.

Nuestro agradecimiento a modo de homenaje con este modesto trabajo

.

Edición de fotografías - Diego Gallo Correa

Diseño y Derechos de Imágenes – Juan Carlos Muniz

Coloreado -RicharEnry Ferreira

Encuentro con el ejército en las picadas.

Contrabandeando lana.

Encuentro con el ‘‘chivo blanco”.

Rumbeando hacia el Tacuarí.

Cargueros hacia Treinta y Tres.

Don Ramón preparando los cargueros

Don Agapito juntos a sus comparsas contrabandistas

Serie de Esculturas en hierro: "EL POBRE QUE VA POR PAN"

Artista: NICOLAS FARIÑA

MUJER CON BOLSOS

3 mts de altura

CARGUEROS

2 mts de altura por

4 mts de largo

Instaladas en los accesos a la ciudad de Melo

representa cuatro modos de quileo

QUILERO EN BICICLETA

3 mts de altura por

2,30 mts de largo

MOTOQUILERO

2 mts de altura por

2,30 mts de largo

Capitulo IV

“JUAN MORALES: QUILERO Y PADRE DE FAMILIA”

por Nicolás Barboza Morales

La frontera no es más que otro intento del hombre por cercar y medir la tierra, esa que tan agreste y salvaje, sigue poniéndole el pecho a los atropellos de la especie humana. A alguien se le ocurrió medirla y trazarla, pero se olvidó que las fronteras culturales, por ejemplo, no respetan las delgadas líneas trazadas por finas manos en los mapas. Menos aún las respetan los hombres cuando escasea la plata, la gurisada anda prendida de la madre pidiendo qué comer, y la pobreza ronda en el mate de cascarilla que busca engañar la panza. No, mi amigo; hay que ser muy pecho frío para ver las criaturas en esas condiciones. Cualquier hombre sano de pie y mano, si no le sale alguna changa, mira la frontera que tan cerca tiene y enseguida apunta a contrabandear, con tal de parar la olla; para eso no hay que tenervergüenza.

Así es la vida en los pagos de donde yo vengo. Nací y me crié como cualquier gurí de pueblo, en la que, por aquella década del 90, era villa Fraile Muerto, hoy ciudad, en el departamento de Cerro Largo. Recuerdo clarito en mi infancia, los ómnibus de línea que venían de Aceguá y en la esquina de casa, en la famosa parada de “la cabeza de piedra” (intersección de la ruta 7 con la 44), descargaban bodegas enteras de víveres, comprados a bajo costo en Brasil e ingresados de contrabando al Uruguay, que luego serían vendidos en los almacenes del pueblo.

Hoy, como en aquellos días, con las comodidades vehiculares que ofrece el presente, muchos hombres y mujeres viven y sustentan a sus familias dedicados a este tan cuestionado oficio: el de ser quilero o contrabandista. Cuestionado a veces sin piedad por el centralismo

capitalino, que no se detiene, en su comodidad, a mirar el Uruguay profundo y a analizar la situación socioeconómica de las regiones fronterizas, donde la escasez de trabajo y oportunidades aún está en pie, y el contrabando sigue siendo una solución "a la mano" para saliradelante.

Actualmente se puede ver en cualquier departamento limítrofe al Brasil, a los quileros en motos cargadas hasta con 20 garrafas o más de 13kg.de gas brasilero, desafiando a la física, burlando a la ley y permanentemente retrucando a la vida misma. O también en bicicleta, como se mostrara en la película "El baño del Papa", pasan los contrabandistas haciendo kilómetros y kilómetros todos los días con pequeños surtidos de alimentos sobre las llantas. Y anteriormente, en las primeras décadas del 900, noctámbulos paisanos surcaban las sierras en lentas caravanas de diez o más caballos, llamados cargueros, en los que contrabandeaban entre otras cosas, la famosa caña blanca, caña de barril, que según los viejos "era caña de verdad", refiriéndose despectivamente al actual destilado del mismo nombre. Días, semanas a lomo de caballo contra las inclemencias del tiempo, cortando campos, acostando alambres y burlando a las partidas policiales que acechaban entre los pajonales buscando agarrar quileros, locos de ganas de decomisar algún barril de caña, porque los milicos eran buenos "cachaceros"[1] también. Sin desmerecer ni intentar opacar la actualidad del oficio, en esas épocas había que ser corajudo para ser quilero; era más arriesgado el oficio, partiendo de que la solución siempre estaba en las armas. No había quilero en esas épocas que no se hubiera tiroteado con los milicos defendiendo lo suyo, y vaya a saber cuántos más murieron en el intento.

“Esos eran viejos de atraque, no andaban con vueltas, les tocaban plomo a los mataperros”, decía mi abuelo paterno Saúl Barboza, cada vez que a orillas del fuego me entretenía la tarde contándome historias de quileros, a los cuales había conocido personalmente porque eran gente del pueblo, *“gente de trabajo, gente honesta”*, recalcaba siempre.

Yo, que siendo gurí ya sentía gran fascinación por todas las historias de gauchos matreros, estancias asombradas y cuentos camperos que contaban los viejos, no podía evitar emocionarme cada vez que por arte de magia aparecía en ellos, la figura de mi bisabuelo, el “Sapo” Morales, como lo nombraba la gente grande que lo había conocido.

Es uno de esos tipos que parece que todavía no ha muerto: siempre vuelve a salir de abajo del poncho del olvido, para vivir en los relatos que por transmisión oral deambulan en el imaginario y colectivo archivo popular de los cuentos de mi pueblo. Según los viejos, había sido el contrabandista más grande de FraileMuerto.

Bravo y de corto genio, hombre hosco y malhumorado recordado por los nietos, pero buena persona y generoso para dar, bondadoso en el cerno. La cáscara no era más que la estirpe bravía de un quilerode ley, curtido por los rudos años que había entregado con escarmiento en su oficio.

Juan Evangelista Morales Tabarez, mi bisabuelo, había nacido el 6 de mayo de 1892 en la por entonces décima sección de Cerro Largo, posiblemente en Bañado Morales, un paraje al este del Rio Tacuarí. Hijo de Antonio Morales y de ApariciaTabarez, una india vieja de la que heredó la tez cobriza, la melena negra y unos ojos noche, que bajo el

alero del ceño siempre fruncido, guardaban un misterio que amenazaba en volverse lanza.

Ha sido muy difícil para mí seguirle los pasos al bisabuelo Juan, ya que la mayoría de datos que aparecen, son solo folclóricas historias y obviamente por la cantidad de años que nos separan, encontrar documentos que testifiquen su nacimiento, casamiento, detenciones o más, ha sido un arduo trabajo. No he podido constatarlo, pero supongo que quizás siendo casi un hombrecito, haya participado en las revueltas civiles de 1904; lo que sí es seguro, es que al igual que muchos debe haber vivido de cerca los azotes de la guerra, que todo lo arrasó y marcó a fuego.

Luego, se casó con mi bisabuela Marcelina Ibáñez, mujer aradora, oriunda también de las costas del Tacuarí. Alzaron un rancho a una legua de Fraile Muerto, enfrente al actual basurero del pueblo, sobre la ruta nacional número siete. Allí tuvieron cinco hijas: Elina, Nelly, Dora, Olga e Iris, las que siendo gurisas abrazaron el arado junto a la madre y se criaron labrando la tierra mientras el padre contrabandeaba.

Toda su vida se dedicó al contrabando: incontables viajes a Casa Pérez, ese famoso comercio de Aceguá, en la frontera de Cerro Largo (Uruguay) con Río Grande do Sul (Brasil), durante años y años, yendo y viniendo cargando barriles de caña, yerba, tabaco y telas del Brasil, por los recovecos que le ofrecían como amparo, las sierras de Aceguá y el tan mentado “Camino de los Quileros”. Juan Morales era quien abastecía con telas todas las tiendas de turcos que por esas primeras décadas del 1900, habían encontrado un terreno fértil para los negocios en Fraile Muerto, que vivía sus años de glorias desde la llegada del

ferrocarril. Y también surtía con caña las cantinas, llevando en barriles el licor que devolvía la alegría a los paisanos de esastierras.

Según las hijas, por épocas supo cargar bastantes telas, especialmente cuando se aproximaba el carnaval, que en esos años ya era toda una fiesta popular en el poblado de Fraile Muerto. Primero éstas llegaban a la casa en el campo; luego, con retazos como muestras, él recorría las tiendas y una vez arreglado los negocios, las llevaba para que los turcos las pusieran a la venta.

Desfilaban las mujeres comprando telas para confeccionar vestidos nuevos, pensando en las carnestolendas. Pero a Morales no le gustaba que sus hijas se vistieran igual que todas las del pueblo; así que siempre traía aparte otras telas que no llevaba para la venta, y que junto con caravanas, obsequiaba para sus hijas, con el sello garantido de que ellas iban a ser las únicas en tenerlas.

Muchas veces no aparecía en semanas -recuerda hoy mi abuela Olga Morales, a sus 84 años-; y a veces, cuando estaba por llegar, le avisaban los compinches que no viniera, que lo estaban esperando.

Cuenta, al igual que sus hermanas, que siendo niñas ellas, en muchas ocasiones de noche los milicos rodeaban el rancho, escondiéndose en los pastos panza arriba, esperando la llegada del Sapo cargado; y que doña Marcelina, la pobre, rezaba suplicando que no pasara nada. Al otro día aparecía Morales sin nada, burlando una vez más la ley impuesta; dejaba todo el cargamento escondido en los campamentos que tenían en los montes, junto con Artigas Ayala, otro contrabandista de Cuchilla Grande, con quien anduvieron años trenzados en eso de ser quileros, y Raúl el “Indio” Barboza, un mozo del pueblo, casualmente hermano de mi abuelo paterno, que también supo

viajar con el viejo Sapo a Aceguá como ayudante, siempre y cuando fueran grandes las cargas.

"Una vez-recuerda entre risas Nelly, una de las hijas-*aparecieron los milicos en casa a hacer un allanamiento como tantas veces y papito no estaba. Dieron vuelta todita la casa y encontraron una damajuana de caña guardada debajo de un catre. A mí me dio tanta rabia que se la fueran a tomar, que agarré un palo de un montón de leña y se lo aventé. La partí en el patio, pa´ que no se tomarannada"*.

Cargaba siempre un revolver calibre 38 y una pistola 22, que junto a una carabina larga, eran sus fieles aliadas -dice Iris, la menor de sus hijas-y en las garras siempre llevaba un vasotalladoen guampa que un preso le había regalado. También recuerda que tenía una rastra de cuero de yacaré con adornos en plata y oro; siempre lucía golilla blanca, y era muy prolijo trenzando guascas.

Montaba un colorado mala cara que era su preferido, al que llamaba "Gurí"; pero también entre los cargueros estaban la "Morena", una yegua zaina, y un gateado, el "Lorito", entre otra caballada. Fletes de gran importancia para el Sapo, que los cuidaba como verdaderas reliquias: él mismo se había encargado de enseñarles a echarse cargados entre los juncos, para ocultarse, y cuando descansaban, avisar si alguien se acercaba.

Una vez, viniendo de Brasil cargados, no se sabe en qué zona, fueron sorprendidos por una partida de policías y se agarraron a los balazos defendiendo la carga. En la refriega, Morales fue herido, pero logró escapar en ancas de un compañero; y baleado, fue a dar a un rancho de campaña,donde lo curaron y lo escondieron por días. Quedó cojo y una renguera característica lo acompañó de por vida, producto de

aquel atracón en el que un balazo le quebró una pierna. Esa es la historia "oficial" contada por la familia y otra gente del pueblo, aunque hay otra versión sobre el balazo que recibió en la pierna, que la escuché de boca de algunos viejos y lo ubica en una cantina, tomando caña y tirando la taba. Una aparente discusión con un tropero había terminado en una pelea de daga en mano, en la que el Sapo había recibido un balazo traicionero en la pierna de parte de su contendiente, quien, aprovechando la caída de Morales, se le fue por arriba confiado; pero no contaba con que el Sapo llevaba un puñal verijero. que atinó a sacar desde el piso y se lo clavó en las entrañas, dando así la pelea por ganada.

Como antes mencioné, su historia está llena de esta clase de relatos populares de carácter folclórico, que de seguro tienen tanto de fantasía como de cierto, pero que mantienen viva su leyenda, como la de otros viejos quileros. Míticos héroes rurales anclados en el tiempo, guardianes del aguardiente, baqueanos del monte, hombres de Winchester atravesado en el caballo y de dedo en el gatillo cuando la noche estaba brava, siempre prontos para disparar sin titubear si hacía falta. A mi parecer, los últimos rastros del gaucho, camino a su domesticación definitiva.

Ya más veterano, quizás cansado del maltratador oficio y de dormir sobre las garras, se mudó con la familia a Fraile Muerto, donde levantó un rancho y puso carnicería. Allí iba mi padre siendo un gurisito de pata en el suelo, y cuenta que de la entrada el Sapo te preguntaba *"¿Qué querés, gurí?"*. De las reses colgadas cortaba a ojo un trozo de carne, que tiraba por el aire desde el fondo hasta la balanza que colgaba del techo y que quedaba tambaleándose, sacudiendo la aguja, sin saber nunca cuánto vendía.

Con los años, de a poco fue perdiendo el pelo pero no las mañas. El gusto por la caña, que tanto había cargado a lomo de caballo, lo terminó por dominar ya entrado en las canas. Separado y solo, falleció el 3 de mayo de 1972 a los 79 años. Lo encontraron días después, cuando el olor nauseabundo y su ausencia alertó a los vecinos; estaba tendido en el catre, con un vaso y la damajuana a los pies de la cama. Su partida de defunción, al igual que los libros del cementerio de Fraile Muerto, figuran con fecha del 9 de mayo de 1972. Lo enterraron en el panteón 416, fueron reducidos sus restos en el año 1994 y hoy descansan en el urnario número 32 de dicho camposanto.

Se fue huraño y resentido, vencido por la vida perra que le tocó masticar; como muchos quileros de esa vieja escuela, olvidados en las sombras de la Patria vieja que intentaron levantar a punta de barriles, rapaduras, tabaco y yerba. Me gusta creer que, quizás, descanse con los de su estirpe, a la sombra de los pitanguerales del monte, y que suelto su mala cara, retoce luciendo lustrosa el anca.

En estos momentos, inspirado por la necesidad de rescatar su historia, me encuentro escribiendo una novela que lleva el nombre “Por estos barriles que traigo”, y que con tintes de ficción característicos del género, intenta recrear lo más cercano a la realidad, parte de su vida. Basado fundamentalmente en las anécdotas que sus hijas (mi abuela y hermanas) me contaron, y afirmado en algunos documentos, como su partida de defunción, trato de armar la imagen de quién fue Juan Morales, el contrabandista y el padre de familia. La única foto que hasta el momento he conseguido de él, es del año 1958, en los festejos de los 50 años de Fraile Muerto, donde aparece en medio de dos de sus hijas

(Iris y Olga); en ese entonces Juan Morales tenía unos 66 años, y ya vivían en dicho pueblo.

Es para mí un orgullo tan grande ser bisnieto de uno de los más grandes quileros de Fraile Muerto, que se me eriza la piel cuando recuerdo con certeza que por mis venas corre buena sangre criolla orientala, de trabajo y de esfuerzo, de arado y de escarcha, de manos rotas, de piel curtida, de ojos tristes cansados, pero siempre con esperanzas. Por eso, creo que es tiempo de reivindicar más que de juzgar, a esos paisanos que, como el Sapo, fueron producto de una época donde pisaba fuerte la desigualdad y la injusticia social.

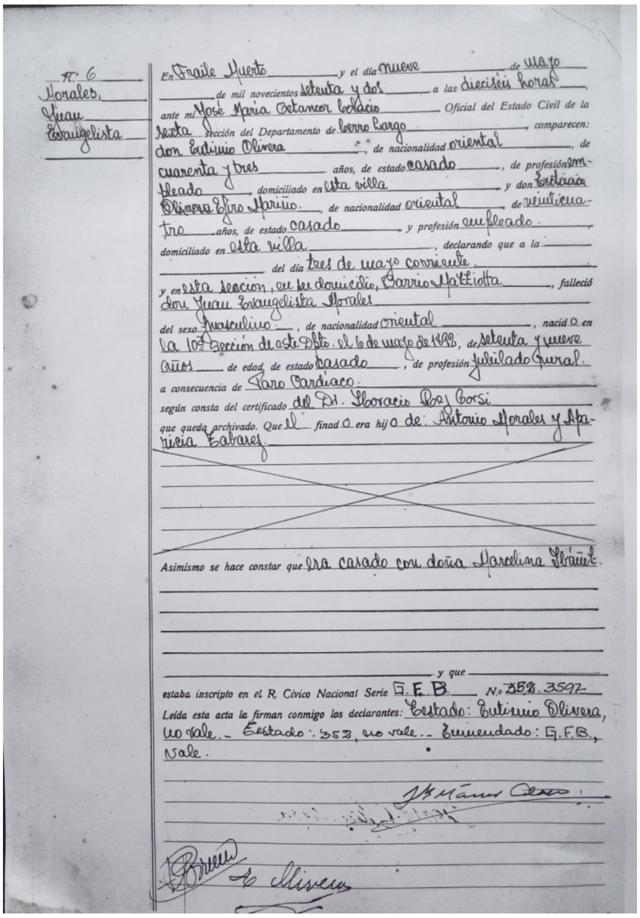
Siempre tan injusta nuestra justicia ha sido, que se dedicó a perseguir y estigmatizar a estos quileros como a grandes delincuentes. Si ir en busca de unos barriles de caña para venderla, y ganar así unos pocos pesos para criar a los hijos dignamente, es un delito, entonces eso fueron: delincuentes. Por suerte, la historia que cuenta el pueblo, revaloriza en sus relatos populares a estos hombres, que guiados por la necesidad y el desamparo, no bajaron los brazos y se adentraron en el mundo de la ilegalidad sin pensar en sacar más tajada de eso, que la de poder llevar el pan a su mesa.

Si nos paramos a mirar las vidas de aquellos paisanos y las condiciones que tenían, podemos ver a un sistema cruel y sanguinario con estos desafortunados gauchos. Un sistema constitucional que hasta hoy rige con la misma fiereza, y es el mismo que escribió desde un cómodo sillón las leyes que forjaron la Patria, sin contemplar a sus paisanos, porque nunca le importaron. Se olvidó, quizás por conveniencia, así como se olvidó de algunos principios artiguistas, que estos quileros fueron los nietos de los gauchos desconocidos que con su

sangre pelearon la Patria empuñando las tacuaras, creyendo en una tierra más justamente repartida para los que la heredaran. Nunca mejor dicho esto que en los versos de “Camino de los Quileros” del músico y compositor Osiris Rodríguez Castillos: *“Tu bisabuelo hizo Patria, tu abuelo fue servidor; tu padre carneó una oveja y está preso por ladrón”*

Habrá sido esa misma sangre antigua la que latió fuerte en estos gauchos, que sublevados con las normas que les imponía la pobreza, optaron por apostar en las fronteras con unos caballos y unas pocas armas. Rompiendo con las reglas, quizás guiados por su anárquica naturaleza, galoparon hacia el Brasil en busca de losuyo, en busca de lo que les arrebató el olvido, el mismo derecho que tenemos todas y todos a vivir dignamente como buenos orientales.

Juan "Sapo" Morales en 1958, en los festejos por los 50 años de Fraile Muerto, entre sus hijas Iris (izq.) y Olga (der.)



N.º 6
Morales, Juan Evangelista

En Fraile Muerto y el día nueve de mayo de mil novecientos setenta y dos a las dieciséis horas, ante mí José María Betancor Colacio Oficial del Estado Civil de la sexta sección del Departamento de Cerro Largo, comparecen: don Eutimio Olivera, de nacionalidad oriental, de cuarenta y tres años, de estado casado, de profesión empleado domiciliado en esta villa y don Edelmiro Olivera Efro Mariño., de nacionalidad oriental, de veinticuatro años, de estado casado y profesión empleado., domiciliado en esta villa, declarando que a la del día tres de mayo corriente. y en esta sección, en su domicilio, Barrio Mattiotta, falleció don Juan Evangelista Morales del sexo masculino, de nacionalidad oriental, nacido en la 10.ª Sección de este Dpto. el 6 de mayo de 1892, de setenta y nueve años de edad, de estado casado, de profesión jubilado rural. a consecuencia de Paro Cardíaco. según consta del certificado del Dr. Horacio Ros Corsi que queda archivado. Que el finado era hijo de: Antonio Morales y Aparicia Tabarez.

Asimismo se hace constar que era casado con doña Marcelina Ibáñez.

y que estaba inscripto en el R. Cívico Nacional Serie G.F.B. N.º 352.3597

Leída esta acta la firman conmigo los declarantes: Testado: Eutimio Olivera, no vale.- Testado: 353, no vale.- Enmendado: G.F.B., vale.

Partida de defunción de Juan Morales, con fecha del 9 de mayo de 1972.

Vaso tallado en guampa, obsequiado por un preso a Morales.

Imágenes extraídas del Documental "EL POBRE QUE VA POR PAN"

Capítulo V

“DE ACEGUÁ A MELO”

por Richar Ferreira Rodríguez

Durante las largas jornadas en que recorrí los caminos de Cerro Largo en busca de material para lo que sería el audiovisual “El pobre que va por pan”, tuve oportunidad de escuchar infinidad de testimonios de primera mano sobre lo que representa el oficio de “quilear”, su historia y su profundo significado para los pobladores de nuestra frontera. De ahí que, sin pretender transcribir lo expresado por los entrevistados en dicho documental, me propongo trasmitir aquí lo no dicho en aquellas circunstancias, lo no verbal, lo gestualy simbólico,lo expresado fuera de cámaras y lo percibido en sus manifestaciones por los protagonistas y por otros, anónimos, cuyas historias también dicen mucho acerca de esa realidad.

Para profundizar en el tema contrabando en la frontera y entender sus connotaciones sociales, económicas y políticas, es necesario traer a colaciónno sólo el origen de la palabra contrabando, sino especialmenteel contexto histórico relativo a la zona noreste del Uruguay. Aprender a *“observar a través del territorio, y sus bordes, es invaluable para entender el mundo como un todo, así como los mundos dentro de los que vivimos nuestras vidas”*(1)*;* de ahí que resulte ineludible descubrir qué ha pasado en esa zona fronteriza,desdibujada y disputada por décadas con el vecino país Brasil, conviolentas luchas armadas, donde ocurrieroncentenas de enfrentamientos y corrió mucha sangre, perotambiéndonde se derramaron muchas lágrimas, se construyeron familias y se tendieron vínculos de amistad más fuertes que la unión de sangre.

El objetivo de este artículo no esresumirse a una simple reseña histórica, sino que pretende enfocarse en anécdotas no contadas en los libros de educación formal: en aquellas experiencias de vida más particulares y personales, esas que -mientras el Estado disputaba la autoridad sobre las tierras de la frontera, velando por la independencia y la soberanía ante fuerzas extranjeras-,transcurrían sin pena ni gloria. Esas historias personales que eran parte de la formación de la patria, sin ser parte de la historia de la patria; o peor aún, eran desprestigiadas, condenas y tratadas como vidas de rebeldes, delincuentes, fuera de la ley o subversivos, inadaptados, desestabilizadores de la patria.

Específicamente me referiré al pasado reciente del contrabando y el paso de mercaderías en la frontera de Melo-Aceguá, no sólo porque allí surgen y transcurren estos relatos de vida, sino porque entiendo que si *"queremos mostrar que ni las formas cotidianas de resistencia, ni la insurrección ocasional se pueden entender sin tener en cuenta los espacios sociales cerrados en los cuales esa resistencia se alimenta y adquiere sentido"*(2)*,* necesitamos conocer las familias de los quileros, a sus hijos, los esfuerzos de superación de estos estratos dela sociedad, las dificultades para desarrollarse con honestidad en sus emprendimientos, y las peripecias que pasan para generarse un mínimo de subsistencia, en una comunidad donde escasea el trabajo, faltan fuentes de ingreso y no existe una certeza laboral estable para casi nadie.

Ha sido una constante, en el relato de todos los entrevistados,la necesidad de subrayar el contexto, los motivos personales, sociales o laborales que los llevaron particularmente a iniciarse en la tarea del trasiego de mercadería desde la frontera, en el contrabando, y cómo cada uno a su manera intenta justificar o entender, y dar a conocer

porqué,desde su ámbito, rural o urbano, femenino o masculino, hacía lo que hacía;desde sus sentimientos deresponsabilidad o deber asus obligaciones familiares, hasta los que simplemente veían en ello la posibilidad de abrirse camino, de trabajar, de ganarse la vida y superarse. Pero inequívocamente, todos ellos encontraron en el contrabando la manera de satisfacer sus necesidades, llevando o trayendo mercadería de un lado a otro de la frontera.

Lo que resulta indiscutible es que todos responden a un nivel de responsabilidad moral y social muy elevado, con una gran valentía y arrojo frente a las adversas condiciones climáticas y geográficas; con bajo nivel de educación formal, pero con alta capacidad de adaptación y resolución de dificultades,poco común en otra gran parte de la población del país; y por sobre todo, con esa conciencia de que es necesaria una acción de su parte para que sea posible el bienestar de quienes le rodean, sin esperar nada de nadie, aun a costas de la ilegalidad y todo lo que ello conlleva.

Por otra parte, resulta aún más curioso analizar las diversas formas en que se realizaba ese contrabando de sobrevivencia,en épocas de dictadura cívico-militar en la región; cómo,incluso en medio de una situación política delicada y tensa, estos hombres y mujeres estaban dispuestos a salir de sus casas con el objetivo de ir a traer mercaderías a la frontera que les dejaran algún tipo de ganancia en su reventa –desde heladeras a sillones o cajones de banana-, aun a costa de su propia vida o libertad. Por eso, es necesario ver esta realidad como *“un todo modificado por la historia,donde lo más relevante son las relaciones de enlace e interacción de los integrantes del espacio*”(3),para descubrir qué tipo de trato o acuerdo implícito había entre las partes, (contrabandistas

y fuerzas públicas), y cuáles eran las líneas de acción que determinaban el límite de lo permitido.

Sobre los distintos modos de traslado de la mercadería, resulta inimaginable la diversidad de artilugios utilizados y anécdotas surgidas:desde el traslado de mercaderías adheridas a sus cuerpos, a distintas horas del día, con cualquier condición climática, yendo por los cruces más inhóspitos, peligrososy clandestinos, usando los medios de transporte más diversos y válidos como a pie, a caballo, en carros, carretillas, botes, tren, bicicletas, motos, autos, camionetas y ómnibus.

A medida que nos sumergimos en el tema, surge la referencia a unos valores apolíticos, que nos trasladan casi inconscientemente a aquellos fundamentos ácratas de los rebeldes europeos, sin bandera política, contrarios al sistema, desposeídos de cualquier vínculo con la propiedad más que con su medio de trabajo, libertarios y libres. Ante la pregunta de porqué existe el contrabando, *"afirman algunos autores, quizá de inspiración anarquista: porque existe estado; si no, el intercambio de bienes no dejaría de llamarse comercio. Pero cuando este comercio se produce sin el previo pago de aranceles y con el consiguiente coste económico para las arcas del estado en cuestión, es cuando pasa a llamarse contrabando. No hace falta que se comercie con mercancías prohibidas. Es más, lo lógico es que se sustente principalmente en bienes básicos de consumo, a los que una situación extraordinaria eleva a la categoría de objetos de lujo. En la mayoría de los casos se tratará de un mercadeo de supervivencia. Pero no deja de ser contrabando".* (4)

Estas circunstancias, que a simple vista pueden estar exponiendo a personas al parecer inadaptadas,individualistas,que no tienen en cuenta más que a sí mismas y a sus familias, egoístas que sólo se interesanpor

sus colectivos o sus iguales, que son capaces de ir contra la norma y chocar violentamente contra el sistema, finalmente se acaban develandocomo seresmás solidarios que muchos comerciantes del medio, colaborativos y dispuestos al trabajo en equipo, que no tiene empacho en vender la mercadería con un menor lucro, y hasta "defiado"si la realidad lo exige (incluso por meses, alcanzando extensas listas de productos que muchas veces quedan sin pagar porque un padre quedó desocupado, una madre fue despedida o un abuelo falleció), sabiendo que ellos, como él, tienen grandes dificultades para pagar los altos precios que el libre mercado de la capital establece para el comercio local, por mercaderías legales o de mejor calidad, o que simplemente les resulta imposible obtener.

Tal vez haciendo uso de aquel instinto de resistencia, heredado de los primeros pobladores de estas tierras, o tal vez replicando un modo de vida adquirido y trasmitido por las prácticas tradicionales de la "raia" en la madre patria (España-Portugal), el contrabando siempre ha sido una opción válida de sobrevivencia para indios, matreros y gauderios, dependiente de las exigencias del mercado y de la diferencia cambiaria, en donde escasean las fuentes de trabajo, donde la mano de obra trabajadora es muy mal remunerada y donde los grandes capitales dificultan la movilidad social, la superación intelectualy la sobrevivencia personal, mientras los más poderosos reafirman su estatus social y consolidan las castas latifundistas y esclavistas del pasado, hoy con las reglas mercantiles de la globalidad.

Otro factor determinante y excesivamente visible en la frontera acerca de las prácticas del contrabando, es el insoslayable tema de la corrupción aduanera, policial o militar, pero estatal al fin;ésta expone la

fragilidad de las medidas que los gobiernos imponen. "*Si bien corrupción y contrabando no son sinónimos, comparten un convivir simultáneo; el uno alimenta al otro y el otro encuentra en aquel su vía de escape. Por otro lado, la administración de aduanas ha sido vista como un botín político, en la que de manera soterrada aún se afirmase pagan por los cargos. La sociedad no ha ejercido una eficiente presión política para que la administración de aduanas cambie de rumbo, mucha de la economía del país tiene en el contrabando su fuente de subsistencia. En definitiva, en la administración de aduanas persisten viejos y arraigados problemas que cualquier solución deberá mirar su complejidad, pero ante todo deberá ser firme y decidida desde el ámbito político."*(5)

Todo esto nos lleva ala inevitable discriminación de qué es el contrabando de sobrevivencia y cuál es el contrabando a gran escala; hasta dónde se puede considerar que esta es una forma válida (ilegal, pero honesta) de desempeñar una labor en la línea de la moralidad,que ha permitido a familias sobrevivir con un mínimo de dignidad, y cuándo el contrabando se vuelve un facilitador del enriquecimiento ilícito de otros "grandes comerciantes", o de oportunistas que propician el narcotráfico o el tráfico de armas, con un evidente daño comercial, social y de salud al país. "*Históricamente, el contrabando ha sido observado y representado como una práctica que perjudica al estado desde un punto de vista impositivo"*(6); pero,¿quién determina en qué momento nos referimos a uno u otro modo de vida?¿Los grandes importadores de la capital y sus cámaras de lobby? ¿Losque se han vuelto empresarios, y hasta políticos con incidencia en los gobiernos, gracias al contrabando de gran escala? ¿O el reclamo popular constante de los más ignorados?

DESDE GURÍ,A CABALLO

El Carguero, esperanzado, ensilla su caballo. Aprieta las cinchas; cuida de los cueros y las lanas que ha de llevar, las cubre con una lona y les echa un poncho por arriba; acollara los barriles vacíos en la cangalla y los asegura con la cadena.

Acondiciona su carga sin dejar pensar siquiera por un minuto en cómo estará el clima al regresar. Esas nubes negras que el atardecer hace asomar, pueden traer una fuerte tormenta… pero por fuerte que sea, no impedirá que emprenda su rutina de ir a la frontera a ganarse el pan, ese que con unos vintenes logra obtener vendiendo los cueros y la lana que lleva, o con un poco de caña, café o yerba que traerá a la vuelta. Total, otra no queda; la zafra acabó, y la mayoría de sus comparsas está por seguir en la misma. Las estancias están dejando libre a la peonada; las nuevas máquinas hacen sobrar la mano de obra, y algo hay que hacer para poder traer un real a casa, comprarse aquella rastra deseada, la camisa, la bombacha y las botas que no pudieron ser porque la zafra fue corta, y tanta cosa más que es necesaria antes de la próxima cosecha o esquila que vendrá. Tal vez el año que viene sea mejor, y no tenga que andar arriesgando el cuero, cruzando tiros con los milicos o disparando de la aduana, judeando el malacara o la yegua lobuna que es nuevita; por ahora, ir a la frontera es la que queda… mañana se verá.

Como gurí de campo, y en plena adolescencia, creyó encontrar en la osada actividad del contrabando una mejor expectativa de vida; jornales ínfimos, jornadas brutales al rayo del sol y falta de otras oportunidades laborales en el medio rural, hicieron de esta práctica ilícita pero natural en el medio, un modo alternativo de sobrevivencia para Arturo Ferreira.

Seguramente la presencia de un padre sacrificado en la labor diaria del mantenimiento de rutas y caminos, a cargo de la empresa Pinto Di Lorenzo (destacada en la región de la Quinta Sección de Cerro Largo), también le produjo un sentir contradictorio e independiente, de querer trabajar pero no de forma tan cruel y sacrificada;en cualquier caso, todo ello sumado a su deseo de superación, y una necesidad de descubrir que había más allá del ámbito local, le llevaron a sumarse a una cuadrilla de cargueros que vio pasar al amanecer un día por su casa.

Con nada más que un caballo y su montura, se inició en el contrabando como carguero. Conformenarra en el documental, se las arreglaba para llevar o traer lo que fuera, dependiendo del valor de mercado o de la moneda -porque allá se pagaba en cruzeiros, no como ahora que da lo mismo pagar en pesos-; todo era válido con tal de ganarse unos pesos que justificaran el viaje a la frontera. Cargó lana, cueros, café, yerba, algodón y hasta caña; si no había un modo tradicional de cargar algo o no se acostumbraba a lidiar con alguna mercadería, se las ingeniaban para adaptar el transporte al lomo del caballo y así, atando la cola del "punta" en las riendas del que le seguía detrás en la reata, marchaban hasta con ocho caballos de tiro, siempre por las noches, con luna o lluvia, desde y hasta la frontera de Aceguá.

Por las características ilegales de esa forma de comercializar -de "trabajar", como ellos lo entendían-, siempre se buscaba eludir los controles militares y policiales de la época, tal como ocurriera antaño con nuestro propio héroe nacional José "Pepe" Artigas, el cual desde 1791 -a sus 16 años de edad, cuando se inicia en la vida campera según se tiene registro (7)-, y hasta 1797 en que ingresa como soldado al Cuerpo de Blandengues, dirigió las "operaciones de tribus" de indios y

gauchos, cargando mercaderías compradas a los portugueses, que vendían a estancieros de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Tal vez por la tradicional práctica de los antiguos matreros, de los gauderios (gaúchos) brasileros o por un condicional imperioso para quien quería llegar con la carga, también era necesario estar armado; y no para mostrar, sino que más de una vez para cruzar tiros con la Policía: carabinas brasileras, Máuser, Winchester, revólveres calibre 32, 38 o 44 y hasta cuchillos, eran incondicionales compañeros de andanzas, sin mencionar las llaves de alambrar o las tijeras en la bota para desalambrar y cortar campo. Una maleta con galletas, boniatos cocidos y alguna tira de carne, era suficiente para matar el hambre y emprender la travesía diaria.

En esas largas y tensas jornadas, donde cabalgaban “con el Jesús en la boca” como él dice, la tensión era muy grande; y casi como presas acosadas por las fieras, percibían la presencia de las fuerzas estatales escondidas en los bosques, en los pasos y en las porteras, prontas para dar la voz de alto, cruzar fuego, detener a alguien, incautar la mercadería y si era necesario eliminar a alguno como señal de respeto y autoridad. Yno era para menos: más de uno había perdido su vida, incluso en algún caso de forma cobarde,desproporcional e injustificada,como cuando mataron a González,o a Cuña, hombres con familia, esposa y muchos hijos por criar, ejecutados a sangre fría por no entregar a sus compañeros o la carga que llevaban.

Del relato se desprende que durante sus años mozos supo cultivar ricas amistades, algunas incluso que le duraron la vida toda, y que hasta hoy recuerda con aprecio y respeto: tal es el caso de Bartolo Cousillas, un comerciante de poblado Mangrullo que no sólo le compraba

mercaderías de contrabando, sino que era el hombro amigo, el confidente secreto, el hermano de la vida que todos en algún momento tenemos y que sabe estar en las más difíciles y duras circunstancias.En ese boliche, almacén y lugar de encuentro social, transcurrieron grandes redadas policiales, pero también se cultivaron importantes vínculos personales.

Para los que no saben, en aquellas épocas estos lugares eran como un club social: allí se comía, se tomaba, se jugaba a las cartas o a la taba, entre otras actividades;se tocaba música, se bailaba si el día era de fiesta, pero también se lloraba la pérdida de un amigo, se consolaba a la comunidad rural y se forjaban esperanzas, se soñaban futuros en el pueblo, se planificaba la marcha de una buena carga de ganado o de alguna otra mercadería importante, que pusiera fin al sacrificio diario del contrabando hormiga para ganar el jornal. Eran lugares de los que hoy no sentimos falta ni entendemos su importancia, pero que fueron fundamentales para la construcción de lo que hoy es la región de frontera, su gente y la vida delquilero, con todo lo que ella da y quita.

En ese contexto transcurría la rutina de gente independiente y autónoma, pero también estaban los que trabajaban de forma dependiente, para algún patrón; cuando no había zafra de maíz o papa, ni esquila ni yerra, esa peonada viajaba en cuadrilla al a frontera, para aprovisionar a ese estanciero y a otros vecinos de mercaderías necesarias y más baratas, que les daban algo de ganancia para sustentar a sus familias en esas duras épocas,donde el trabajo campero menguaba o paraba por temporadas.

Fotografía del Museo Regional de Melo

Juan Robatti y compañía llegando cargados a Melo
gentileza de Carlos Sosa

ENTRE QUILOS Y PORRAZOS

El Bicicletero junta en un bolsito las pocas herramientas que tiene: llave, municiones, rayos, grasa y no mucho más; con algún peso en el bolsillo y algunos pedidos, hay que arrancar a dar pedal para llegar a la frontera antes de que caiga la noche. Carga una cámara de 75, unos cajones vacíos, y ata todo firmemente al portacargas reforzado que el vecino le ayudó a armar pa´ que la chiva vieja -sin guardabarros y apenas con pedal-, soporte los quilos que traerá a la vuelta. El invierno viene bravo y no hay casi changas; los gurises necesitan unas botas pa´ salir del barrial e ir a la Escuela, y la doña con sus pocas limpiezas no puede cargar con todas las necesidades de la casa. Hoy, como otros tantos días, sale a la ruta; se junta con los compañeros que ya tienen como rutina moverse medio temprano, porque hay muchos kilómetros pa´ pedalear. Ya en la frontera, con la lista de pedidos, el tabaco y las hojillas, hay que salir a pelear con los comerciantes: "haceme precio" en un lado, "me aguanta hasta mañana" en otro, y así se cumple con la prometida carga pa´ regresar. A la vuelta, hay que ir por los caminos; por la ruta no se puede porque andan los milicos, ¡y hasta la rojita vino a complicar! Hay que tirar por el paso, apretar los alambres, y rezar… con suerte antes de las diez llegue a casa; o mejor dicho, al bar, al almacén y a la parrillada donde le esperan para comprar lo que lleva, y así ganarse unos pesos pa´l pan".

Juan Robatti es un vecino de un barrio de la zona norte de Melo. En sus tiempos de joven, al igual que muchos de su familia, se ganaba la vida con la construcción de casas y reformas de albañilería; pero hubo épocas en que el deber familiar fue más grande que el simple jornal: con hijos y una familia creciente, debía pensar en buscar otra forma de

subsistir porque el trabajo era poco y no alcanzaba para todos los changadores del pueblo.Junto a “P.”, un vecino que le dio la idea de empezar a viajar a la frontera para contrabandear, un día armó una bicicleta: le reforzó lo que podía, como las llantas más anchas, rayos más gruesos, algún eje reforzado, el portacargasde hierro, le dio una engrasada, cargó un inflador y salió pedaleando hasta Aceguá. Allí,donde por décadas otros uruguayos encontraron su salida de la miseria, donde más de uno perdió su caballo a los tiros con la Policía, donde cada uno cargaba lo que podía o su cuerpo flaco se lo permitía, allí fue Robatti a buscar el jornal.

Día tras día, noche tras noche, dejando las piernas en la bicicleta, salía junto a otros tantos en busca de la venta que le podía salvar el día; a veces era caña, algunas fue sólo bananas, y otras un juego de living. Sí, así como lo leen: un juego de living y hasta una heladera eran capaces de traer esos escuálidos hombres en sus bicicletas, adaptadas para enfrentar el clima y la adversidad. No sólo había que pedalear ciento veinte kilómetros o más; había que cortar campo, achatar alambrados, pasar cañadas con el agua por arriba de las rodillas, y muchas veces darse algún que otro porrazo cuando la bicicleta los tiraba o se ladeaba por la pesada carga que llevaban, y que debían equilibrar entre los ejes para poder andar.

Como si esto fuera poco, debió enfrentar épocas duras, donde la fuerza policial y el Ejército Nacional patrullaban la región. Debemos recodar que en las décadas del 70 y parte del 80 se impusieron las dictaduras cívico-militares en Uruguay y Brasil; y en medio de ese escenario, no se podía arriesgar la vida enfrentando a los soldados o los policías viajando por las rutas, cargados y en inferioridad de condiciones.

Adaptando los ojos a la oscuridad de la noche había que disparar, sin perder la vida y la carga, porquehasta llegar y esconderse no se podía parar.

En esas bicicletas adaptadas los desperfectos también surgían: reventabanrayos, municiones de la caja de centro se cascaban y trancaban el pedalear, cuando no un simple pinchazo hacía necesario descargar todo, a escondidas en medio de algún campo ajeno, alumbrándose con un yesquero para poder reparar sin ser visto por las patrullas, para luego cargar y seguir andando. Tal como lo relatan sus contemporáneos, Juan era *"el especialista por excelencia en reparaciones rápidas y de emergencia"*: añadía rayos con alambre, reparaba cajas de centro o ejes de rueda con dulce o manteca, y cuentan unos que hasta llegó a rellenar las ruedas de pasto, todo para poder llegar, equilibrando la carga por los sacudones que ese invento les causaba,"en un baile solo" hasta la capital departamental.

Disparar cargado y corriendo por el arenal o por la carretera a Centurión era a veces lo mínimo que debía enfrentar, luego de pedalear durante kilómetros por el Camino Internacional, más conocido como "Camino de los Quileros", haber cortado los campos de Junguitu para eludir el destacamento militar, y hasta pasar porteras ajenas para zafar de los policías en la Comisaría 14ta. Al llegar, lo esperaban su esposa e hijos, que le ayudaban a repartir por los comercios del barrio y más allá.

La cuestión es que hoy puede, con dignidad, decir que "quileando" en bicicleta y sin haber entregado nunca a ningún compañero, logró comprar el terreno donde hizo una casita, y logró darles a sus hijos una esperanza de vida, un mañana para soñar algo mejor que lo que le había tocado a él; y todo *"a banana"*…

EN BICICLETA O EN MOTO, HABIA QUE AYUDAR

El Motoquilero-ese que juntó los pesos del despido con el aguinaldo, y algo más que un amigo o un pariente le prestó p´ arrancar-prepara la parrilla; junta unas garrafas por el barrio, unas que pide prestadas y otras que una doña le pidió pa´ recargar, se arma una almohada pa´ sentarse y equilibrar la carga que a la vuelta traerá…

Traerá, si todo sale bien; la mano ´ta complicada, hay mucho control policial en la ruta porque de arriba les dieron la orden de que había que apretar y complicar. No se sabe quién va a estar a cargo en la comisaria a la vuelta, pero igual hay que salir a la ruta, ya que sólo así vaa poder rescatar esos cincuenta pesos por garrafa, que sumados a otros pesos por fardo de azúcar, unas cajas de aceite y algún cajón de bananas, van a compensar el viaje.

El otro día el flaco la quedó, aplastado por las garrafas; y quiera o no, esas cosas pasan por la cabeza y uno nunca sabe si va a regresar. Al salir de casa, un beso a los gurises, porque a su regreso ellos estarán durmiendo y ya no lo verán; algún mensaje pa´ la patrona por si viene alguien a pedir alguna cosa más,y no sin antes ir al baño, porque después no se puede parar…

Sale con su casco, un pilot por si llueve, algunas herramientas y la linterna por las dudas que rompa y tenga algo pa´ reparar. En el camino se cruza con algún colega, que le hace cambio de luces p´avisar como está la cosa; porque si está complicada, a la vuelta hay que largar por el barro, apretar los alambrados de la escuela rural y salir atrás del pueblo, haciéndose invisible pa´ la Policía, el Ejército y la Aduana. No está fácil, pero de gurí no pudo estudiar, faltaba plata en el rancho y había que laburar; lo que entra a la casa hoy no alcanza pa´ nada, quebrado por la

crisis del 2000 y luego de perder lo poco que había podido alcanzar, ahora lo mandaron al seguro en la obra que estaba y hay que salir a quilear… Así que no queda otra; como dicen por ahí, "ya vendrán tiempos mejores".

Se decía que al Liceo iban los que tenían plata y podían estudiar para seguir una carrera; los que no podían ambicionar mucho más, se debían conformar con estudiar algún oficio manual en la Escuela Técnica o UTU, y ese fue el caso de Darly Borges en Melo.

Hijo de un changador y una lavandera, con nueve hermanos más e importantes dificultades financieras para pensar en una carrera de prestigio social, a muy joven edad debió hacerse su propio camino, generarse un mínimo de ganancia que de alguna forma le alivianara la carga familiar a su padre, pero que además le permitiera seguir estudiando mecánica automotriz como era su objetivo inicial. Así fue como gracias a un amigo, que ya estaba viajando a la frontera a "quilear", se animó y armó su bicicleta para empezar una travesía de vida que parece no tener final.

La cuestión es que no sólo anduvo de compinche con Robatti en la ruta y por los caminos, sino que fue de los primeros que cambió la bicicleta por lo que hoy él llama su "caballo de fierro". En las primeras épocas fueron Zanellas y Califfos K 50cc. las que les sirvieron para traer más cargay más rápido desde Aceguá; posteriormente fue evolucionando a una Zanella Minarelli 125cc, que como otras marcas y modelos ofrecían más robustez y resistencia para contrabandear. Pero siempre era necesario adaptarlas y reforzarlas: con tablas y almohadones en lugar de asientos, grandes parrillas de hierro o madera para aumentar la capacidad de carga, bien de mecánica y luces, todo paratraer gigantes

cargas defardos de azúcar, yerba, comestibles en general, caña, electrodomésticos, frutas o verduras,garrafas de gas y lo que fuera conveniente o que el cambio de moneda hiciera que valiese la pena cargar, aún al precio de sus propias vidas (es de significar que, hasta el día de hoy, más de quince personas han perdido la vidacontrabandeando en moto:apretados por la carga, por desperfectos mecánicos y hasta por impericia humana).

Como el trasiego con esas mercaderías era y es ilegal, adaptarse y buscar evadir los controles estatales sigue siendo una constante hasta hoy, ya que no sólo se les incautabano destruíanlas mercaderías y sus vehículos(dejando endeudado a los quileros, que debían volver a cargar al día siguiente pero de fiado), sino porque las fuerzas dictatoriales no dudaban en descerrajar tiros en las cargas y cuerpos de los motoquileros contrabandistas, pretendiendo así desalentar o desestimular esa práctica, que sus superiores entendían se debía reprimir porque afectaba las economías del Estado. Como si fuera tan fácil dejar de ir a la frontera para al otro día darle de comer a sus familias, esa utópica idea parecía ser el denominador común en los funcionarios de Aduana o del Ejército Nacional, que venían de la capital o de otros lugaresdel país a la zona a imponer el miedo y el terror sobre estos sencillos luchadores…Claro, a un funcionario público todo le resulta más fácil, cuando no se tienen deudas para pagar acumuladas, o gurises sin comer por varios días porque no se puede traer nada del otro lado para vender en el pueblo.

Hoy, ya con hijos mayores que él cuando empezó a contrabandear, Darly aun sueña con verlos trabajar en algo que no sea la sacrificada “quileada” en moto. Él sabe, como otros tantos más en la frontera, que esa no es la mejor forma de sobrevivir y salir adelante;*pero qué le vamos*

a hacer: o trabajás de empleado público o sos empleado en algún lugar que un día va cerrar, porque aquí no hay fuentes de trabajo locales, no hay un mercado fuerte que le dé solidez a una inversión, como para generar abundancia de mano de obra. Entonces la que queda es esa, seguir bagayeando, seguir trayendo algún kilo de algo de la frontera para vender en los pueblos, haya sol o llueva, sano o con gripe, día laboral o feriado, como sea; hay que sacar una mínima ganancia de algo que te dé para comer, para volver a cargar al día siguiente y, si se puede, comer un asadito el fin de semana con la familia…

Pero lo que nunca se borra de su memoria son aquellas imágenes trágicas de sus compañeros aplastados por una carga, incrustados uno con el otro por haber chocado de frente y sin luz, o los que sufren con las secuelas de un trabajo tan duro que a nadie se le puede desear.

SIEMPRE CON BOLSITOS

La Bagayera es una mujer madura; por necesidad tuvo que ir a la frontera a comprar algunas cosas, que siendo más baratas por allá, le dejaban un margen de ganancias que hacían valer el esfuerzo de contrabandear y traer para vender acá. Tres gurises chicos son suresponsabilidad; sola en el mundo, le pide a una vecina que les dé una vichada cuando vuelvan de la escuela -ya que por suerte ellos comen allá, pero la ropa y el calzado es ella la que se los debe dar-. Trae repasadores, toallas, sábanas, ropa interior, algunas chucherías y no mucho más; porque los bolsos pesan mucho para dos manos, y si hay que correr aún más…

A veces viene la rojita o los del ejército, y no da pa´ arreglar; a los "gurises de acá", a los aduaneros, policías y hasta militares locales los

conoce: son hijos, parientes o amigos de alguna otra familia que después le comprará eso que ella, con tanta esperanza, trae para ganarse el pan. Va en el ómnibus o a dedo, da igual; la cosa es llegar a la frontera porque hay mucho por caminar, buscar precios, preguntar, pichinchear, y lo más duro, volver cargada en ómnibus, a pie o en carro.

No importa si hay que esconderse en el monte, dar la vuelta al pueblo y entrar por atrás, tirar la carga a la banquina o esperar que oscurezca pa´ llegar; la cosa es llegar con todo de vuelta, pa´ poder salir a entregar. Algunas cosas fueron pedidos que por necesidad le hacían, otras eran verdaderas "inversiones comerciales" porque no tenía ni idea si se iban a vender; pero con su charla convincente, su perseverancia sin igual y con una simpatía increíble, la bagayera vendía todo y hacía sus pesos para volver a contrabandear. Mientras los gurises tuvieran lo necesario, lo demás daba igual…

La palabra coloquial bagayero tiene sus orígenes en el idioma italiano: "bagaggio" era el lugar donde se colocan las cargas personales en losvehículos. Quizá por la presencia de colonias italianas en la región riograndense,se popularizó el término; y así fue como Evangelia "La Chido" Olivera era conocida.

Comenzó su trayectoria en la frontera con unos pesos en un monedero y unos bolsos que llevaba vacíos a Aceguá, pero que volvían cargados hasta donde su humanidad se lo permitía; siempre así, acarreando el contrabando en bolsos de mano. Joven y con hijos para mantener, no encontraba trabajo en Melo, como le pasaba a muchas mujeres divorciadas, madres solteras, viudas o simplemente con maridos desocupados esperando tener alguna changa. A ellas también las puertas parecían cerrárseles, y no veían surgir un lugar donde ir a

ganarse el pan honestamente y con dignidad; por eso, acudían a la ilegal práctica del contrabando.

Hoy en una situación cómoda desde el punto de vista económico, con hijos ya criados y rodeada de nietos y nietas, recuerda las peripecias que debía afrontar para poder vivir mejor. Con épocas más pródigas y algunas de gran escasez, doña Chido viajaba a veces en ómnibus, otras haciendo dedo o de aventón, hasta la frontera; allí, siempre caminando, recorría los diversos comercios de la frontera, preguntaba precios, buscaba los pedidos que vecinos, amigos y familiares le realizaban, y luego de encontrar el mejor precio, acordar un descuento y cargar todo, debía empezar a buscar la forma de volver al pueblo.

Como si todo ese sacrificio fuera poco, y a veces hasta sin poder almorzar medianamente bien, ella como tantas otras mujeres (entre las que puedo destacar Josefa Presa, Dulcia Rodríguez y otras muchas más) se disponían a hacerse llevar, ya fuera en ómnibus -si los controles estaban flexibles-, y sino por algún carrero o amable vecino en auto, hasta cerca de algún camino que le arrimara con dirección a Melo. Pasar por el camino de La Mina y llegar a Noblía sin ser detectadas por la Policía ya era un buen comienzo, pero el periplo no acababa allí. Seguía, y había que ingeniarse para ver cómo pasar los demás controles, si se podía ir por la ruta o había que contornar por Mangrullo; había que ver como estaba el tránsito por los demás desvíos, y ver como ingresar a la ciudad ya con la noche puesta, siempre peligrando a perderlo todo, o peor, a quedar detenidas y dejar a los gurises solos o con la abuela.

Seguramente otras mujeres de su edad, con otros contextos familiares, con otra suerte, mejor acomodadas, no harían ni la mitad de lo que ellas hacían para vivir el día en la calle, a veces recibiendo el trato

respetuoso y de cariño que algunos de sus colegas tienen por ellas hasta hoy, pero también soportando el destrato y abuso de otros, que haciendo uso y abuso del poder y la autoridad que la investidura pública les daba, acosaban, amenazaban y coaccionaban a las mujeres que se aventuraban a “quilear” con bolsos.

Capítulo aparte era la venta de esas mercaderías cuando lograban llegar al pueblo: algunas cosas que venían por encargo eran entregadas inmediatamente, para obtener un lucro rápido; pero las otras debían ser ofrecidas entre vecinos del barrio, amigos y familiares, esos que sabiendo del sacrificio de esas mujeres, les compraban a ellas y a sus hijos las mercaderías que por simples que fueran (desde un repasador, un mantel o dos ollas, a bolsas papa o fardos de azúcar), eran una forma solidaria de repartir entre todos los que tenían poco la riqueza de dar una mano a esas que se la ganaban con sacrificio y honestidad.

YOTROS TANTOS…

Estos son apenas una muestra de los innumerables testimonios que nos han hecho llegar vecinos y conocidos de la zona. Algunos quedaron en el anonimato por razones de diagramación del documental, y otros decidieron permanecer anónimos por voluntad propia, por miedo o respeto a las autoridades; pero todos, a su manera, han transmitido valores humanos que eran y son parte de una cohesión social necesaria para sobrevivir y ser fuertes en el mundo del contrabando de frontera.

Ejemplo de ello son los recuerdos que algunos tienen del contrabando en tren, ese que se iniciaba en Melo o Río Branco (hasta donde llegaban las ferrovías), pero que se extendía hasta la capital, dejando en su paso por cada parada o grito del guarda la carga determinada: podían ser alambres de púas, bolsas de harina, fardos de

Darly con su moto rumbo a Aceguá

(fotografía del protagonista)

“TíaDulcia” - Acrílico 50x70 –RicharEnry Ferreira

yerba o azúcar, todo lo cual era arrojado desde el tren en marcha, para no llamar la atención de las autoridades. A veces, cuando éstas se percataban y resolvían reprimir, la carga era descartada antes de llegar al lugar marcado, para no despertar más sospechas; y luego, a otra hora y por otro medio, se volvía a buscar.

Entre los miles deanécdotas y vivencias sobre el contrabando, se destacan las que tienen como protagonistas directos a contrabandistas y autoridades estatales, ya que ambos podían actuar y de hecho actúan hasta el día de hoy en un acuerdo tácito de respeto a la norma, siempre y cuando la presencia de uno no comprometa la labor del otro. Así fue como otros narradores nos relataron historias muy particulares, que podían ser violentas y llegar a extremos, como el arma de un contrabandista colocadaa modo de amenaza en la cabeza de un oficial de policía,o ver morir volando por los aires a un compañero que iba cargado de cohetes o fuegos artificiales y al no detenerse en el control policial, los guardias le dispararon con sus fusiles al pasar.Otras, casi "hollywodenses", describen ingresos a la ciudad de Melo huyendo a los tiros de la Policía y doblando las esquinas en dos ruedas; e incluso estáaquella anécdota graciosa, en que un oficial militar de particular ayuda a unos quileros enterrados en el barro con toda la carga, a descargar, desterrar la carga y salir, para -luego de haber escuchado una infinidad de insultos contra su persona, que los aludidos proferían sin saber a quién tenían enfrente-, presentarse y retirarse del lugar, dejando en claro que cuando él estuviera de guardia,tenían permiso para pasar…

No obstante, es necesario destacar que la nuestra no es una mirada "romántica" del tema, que tampoco se pretende hacer apología del delito de contrabando, ni se quiere con esto incentivar que las

nuevas generaciones resuelvan ser quileros porque es el mejor modo de vida. En estas andanzas mucha gente ha perdido la vida, de uno y otro lado de la ley; otros han quedado con secuelas físicas irreversibles, y otros han mutado su modo de vida para delitos más complejos y graves que nada tienen que ver con el modo de sobrevivencia que aquí se relata y pretende compartir.

Por otra parte, tenemos lo que podríamos ver como la otra cara de la moneda: funcionarios militares, policías y de Aduanas que actuaban y actúan de diverso modo frente al quilero, donde a unos los reprimen, a otros los liberan y a otros también los "coimean". Y cuando hablamos de ello, hablamos de un problema que va más allá de las personas particulares que lo realizan, y que nos lleva a cuestionarnos hasta dónde llega el nivel de corrupción institucional.¿Cuál es el límite de la hipocresía administrativa que sabiendo que, si ese contrabando ingresa a un país de forma ilegal, es porque hay servidores públicos que lo propician por acción u omisión?¿No sería mejor y más sano para todos transformar esta innegable realidad de una vez por todas?

Finalmente, los lectores, así como las autoridades pasadas, presentes y futuras, deberán tener siempre en cuenta el contexto histórico, económico, político y social en que se da esta práctica, y que todos los entrevistados, como otros que no están presentes, han sido explícitos en manifestar: optaron por el contrabando porque necesitaban generar un ingreso económico a sus vidas y a las de sus familias, porque las fuentes de trabajo a nivel local son escasas o nulas, y porque la balanza comercial y económica de las monedas de los países de la región son propicias. Por lo tanto, aquí no hay héroes ni villanos, no hay buenos ni malos, ni ganadores ni perdedores…

REFERENCIAS

1 - Territorio: una breve introducción - David Delaney, Primera publicación: 1 de enero de 2005
https://onlinelibrary.wiley.com/doi/book/10.1002/9780470773925
2 - Los dominados y el arte de la resistencia _ James C. Scott – Ediciones ERA 2004
https://www.academia.edu/29762935/Los_Dominados_y_el_arte_de_la_resistencia_-_James_C_Scott
3 - Los pactos sociales y el contrabando en la frontera colombo-venezolana _ Convergencia, vol. 26, núm. 81, 2019
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1405-14352019000300003&script=sci_arttext&tlng=es
4 - Los caminos del contrabando – Sociedad Geográfica Española _ Boletín 52 https://sge.org/publicaciones/numero-de-boletin/boletin-52/los-caminos-del-contrabando/
5 - Los delitos aduaneros: El contrabando – Reinaldo Calvachi Cruz
file:///C:/Users/User/Downloads/Los_delitos_aduaneros_El_contrabando.pdf
6 - Fronteras y contrabando: etnografía del comercio de mercancías-imitaciones en la Espacialidad Fronteriza de Atacama-Lípez (EFAL) (Chile y Bolivia) – José Miguel Muñoz Valenzuela http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-71832020000100225
7 –La vuelta del Caciquillo - Carlos Maggi http://letras-uruguay.espaciolatino.com/maggi/vuelta.htm

Capítulo VI

"CONTRABANDO, PERSPECTIVAS A FUTURO"

por Atilio Amoza

1. Análisis de la situación anterior.

El contrabando ha sido, desde siempre, una actividad aceptada por la sociedad fronteriza. Y cuando hablamos de zona fronteriza, no nos referimos solamente a los departamentos limítrofes con el Brasil; en Tacuarembó también existe tal actividad, y también hay una aceptación tácita a la misma. Las clases medias son asiduas concurrentes a la ciudad de Rivera a hacer sus surtidos mensuales; y es bienconocida y tolerada la presencia de almacenes de barrio donde una parte importante de la mercadería es de contrabando.

Suceden asimismo con cierta frecuencia (en general anual o bianual) operativos represivos, inspecciones a comercios con mercadería de contrabando; generalmente esos procedimientos se realizan por orden de jerarquías superiores radicadas en la capital. Y cada vez que esto sucede, se percibe un rechazo social notorio.

El bagayero es visto como un vecino más, un comerciante más; no hay una condena moral a tal actividad. Pero el contrabando cumple además una función social, ya que no sólo es fuente de trabajo para los bagayeros, sino que logra abaratar la subsistencia diaria. Sin la existencia de alimentos de contrabando, muchas familias no llegarían a fin de mes;si se cortara ese suministro, aumentaría notoriamente la pobreza, y ello acabaría redundando en la clásica emigración hacia Montevideo.

Se reconozca o no, esta situación es tenida en cuenta por quienes toman las decisiones en la capital. Si se quisiera reprimir la actividad del

contrabando a nivel de almacenes de barrio, sería muy fácil: están a la vista de todos. Si no se hace, es porque se sabe que generaría lo dicho en el párrafo anterior. Creo que los operativos represivos sólo persiguen un efecto disuasivo, para evitar que esa actividad siga creciendo; es una política de estado no explícita, que se ha mantenido bajo todo tipo de gobierno.

Esto genera entonces una tolerancia de hecho, un poder de facto;diría que hasta peor que un poder de facto, ya que esta situación queda con una apariencia de situación formal.Cada vez que un bagayero es detenido, se originan una serie de procedimientos formales: es llevado ante un juez, presenta su defensa. Parece que se cumple con las garantías del debido proceso, pero en realidad no es así.

Como la situación es tolerada de hecho, queda en poder del funcionario estatal determinar la libertad o no del contrabandista. Cada día que los bagayeros ejercen la activad, dependen de que ese día no se le ocurra al funcionario estatal hacer una inspección; cada día es así. El proceso arranca antes; si el funcionario decide proceder, casi seguro que termina en prisión el bagayero. Vemos entonces que el juicio, más que un juicio pasa a ser un trámite de sanción, pues ya en el operativo queda probado el acto delictivo, acto delictivo que fue público y notorio, y tolerado por todos.

Estamos convencidos que esta situación debe cambiar; y para eso, lo primero es lograr la voluntad de encarar el tema, sin prejuicios y con buena voluntad. Esto implica quitar de en medio lo político electoral; la solución debe pasar por un acuerdo político amplio, y más que político, tiene que ser un cambio cultural.

2. Conflicto de normas.

La primera conclusión que podemos sacar es que nos encontramos ante un conflicto de normas.

Por un lado, tenemos las normas formales, dictadas por el gobierno nacional, legítimo, que en el acierto o error (creo que lo segundo), restringe la actividad comercial internacional.

Por otro tenemos las normas locales, normas no formales, que no integran el derecho positivo, normas que surgen de la costumbre; estas últimas aceptadas, pero no escritas.

Necesariamente una de las dos está mal, o las dos. Para eso debemos analizar cada una de ellas y ver si podemos lograr una síntesis.

3. Análisis del comercio.

En puridad, el contrabando es una actividad comercial; el delito surge con la existencia de un estado que delimita su territorio. En situación natural es simple comercio, pero por un hecho histórico fortuito, se traza una línea imaginaria (o real) y entonces la actividad pasa a ser delito. Es un delito artificial, distinto a casos de robo o asesinato. Éstos son delitos por naturaleza, es algo que consideramos "malo" exista o no una línea divisoria.

El comercio, en cambio, es una actividad virtuosa. Cada vez que ocurre una transacción comercial es porque quien tiene el dinero, subjetivamente valora más adquirir el bien o servicio, que contar con el dinero en su bolsillo; y viceversa ocurre con el comerciante.

Cada vez que ocurre un acto comercial, comprador y vendedor quedan en una situación más satisfactoria que antes de hacerlo. Es un acuerdo voluntario, una de las primeras formas de cooperación social.

Surge espontáneamente, y es parte del proceso de división del trabajo; al dividirnos socialmente las tareas, logramos una mayor disponibilidad de bienes, lo que ha aumentado nuestro nivel de vida.

Este concepto es algo que manejamos a diario, y lo asumimos. Continuamente estamos comerciando; aun cuando trabajamos en forma dependiente, lo que hacemos es un vender nuestra fuerza e intelecto. Ninguno de nosotros produce todo lo que consume; incluso en casos de máximo aislamiento rural, se compran bienes para subsistir o producir: ropa, combustible, semillas, fertilizantes, ración.

Cuando uno trabaja, se especializa en una determinada actividad y logra mayor eficiencia. Por ejemplo: si cada uno de nosotros se elaborara el pan, la suma de horas hombre sería mayor a las horas hombre empleadas por un panadero para producir lo mismo.

Pongamos un ejemplo numérico ficticio para simplificar los cálculos. Diez individuos se elaboran el propio pan; cada uno dedica una hora a producir un pan para cada uno. Entonces se invirtieron en total diez horas hombre para eso. En cambio, seguramente un pandero profesional, dedicado a eso y produciendo a escala (usando un solo horno en lugar de diez hornos), puede producir los mismos diez panes en dos horas. Entonces la sumatoria de horas, el total de horas hombre invertidas por la sociedad pasa a ser de 2 en vez de 10, y se liberan 8 horas hombre para producir otros bienes. Esas personas que quedaron con tiempo libre, pueden dedicarlo a producir otros bienes e intercambiarlos con el panadero. Esto es gracias a la institución del comercio, al intercambio pacífico y voluntario de bienes. Teniendo en cuenta lo anterior, resulta claro que carece de sentido penalizar el comercio.

La existencia del castigo al contrabandista tiene otros fundamentos, a mi entender equivocados, pero fundamentos al fin.

4. Causas de existencia de la norma.

Cada vez que hemos hablado sobre legalizar el contrabando, la primera reacción instintiva es: "*pero ahí se mata a la industria nacional*". Y es un razonamiento válido en primera instancia, si vemos únicamente lo inmediato, pero no las segundas consecuencias.

Viendo sólo lo inmediato, tiene sentido restringir el comercio exterior; al encarecer o prohibir que entren productos del exterior, se incentiva que ese bien se produzca localmente. Habría entonces una razón, un motivo para creer que es mala la actividad del contrabando; pero si se profundiza un poco más, veremos que no es un beneficio absoluto.

En efecto, si se restringe el comercio exterior, es porque el bien traído de contrabando resulta de mejor precio o calidad que el producido localmente; y ahí la "solución" pasa por encarecer el bien del exterior, para que no resulte competitivo. Pero la mayoría de los bienes que se contrabandean son alimentos y bienes de canasta básica; entonces, al combatir el contrabando, el efecto que tiene es encarecer los productos básicos. Eso hace que los consumidores tengan menos ingreso disponible para otros bienes, y restringe el ahorro: si una persona tiene que gastar todo su ingreso en comida, no podrá, por ejemplo, contratar a alguien para que le pinte la casa. Entonces vemos que el supuesto beneficio de unos, fue a costa de otros. En principio parecería que el resultado es cero; pero es más bien negativo, porque el total de bienes y servicios resulta menor.

5. Análisis del poder estatal.

El contrabando no es un fenómeno nuevo: en la antigua Europa también existía, y con las mismas características que ahora. Era tolerado socialmente, y castigado excesivamente por los gobiernos. Hay un importante consenso en la literatura sobre el tema, destacando el parentesco ex legeentre ciertas clases de contrabando y los delitos de Lesa Majestad. Si bien fue usual que en los territoriosespañoles las penas de contrabando se limitasen a confiscaciones y multas, o prisión decuatro a seis años, en el antiguo absolutismo ciertas formas de contrabando tuvieronrango de delito capital.

En Castilla y Aragón existía una delincuencia máslucrativa, ambiciosa y arriesgada, que traficaba con la 'saca' (contrabando) de metalespreciosos no amonedados, o con otros productos de comercio prohibido y que: *"…lapolítica mercantilista, parcial y torpemente mantenida por los Austrias, tendrá tambiénsu traducción penal en la dura persecución del contrabando o 'saca' de oro y plata, enla cruelísima represión de los delitos de falsificación de moneda; una casi sacralizacióndel rey, típica de un sistema de personalización absoluta del poder político en elmonarca, se manifestará en el ámbito de los delitos de lesa majestad humana, expresiónésta, cuya última palabra sirve de puente que enlaza y separa al mismo tiempo estosdelitos con los de lesa majestad divina"*.

Entre las variadas descripciones relacionadas con la supuesta evolución del castigolegal, algunos autores recientemente han explicado la penalidad de aquellas épocas en elcontexto de la búsqueda de un monopolio político estatal, o de las formas de ejercitar elpoder. En este marco, la severidad del castigo contra el contrabando podría

intentarrelacionarse con su parentesco con la categoría de delitos de lesa majestatis, por el cualse cuestiona el poder del Príncipe, en momentos en los cuales aquél pretende monopolizarla tributación y la violencia legítima.

5.1 - El bagayero paga impuestos.

Surge entonces otro “motivo” para combatir el contrabando: la creencia que el bagayero no paga impuestos.

Uno de los primeros errores que se cometen al analizar el tema contrabando, es creer que los bagayeros no pagan impuestos. Para entender esto, primero explicaremos muy resumidamente las prácticas en comercio exterior formal.

Hay que distinguir entre lo que son impuestos al producto en sí, y lo que son aranceles. Un impuesto al bien es, por ejemplo, el IVA (o el IMESI), que se aplica a casi todos los productos. Arancel, en cambio, es un impuesto extra que se le pone a un bien que se produce en el exterior.

Con los países del Mercosur, el arancel es cero. Hay otros tipos de barreras paraarancelarias, cupos en algunos productos; pero en general, hay libre comercio con los socios del Mercosur.

Cuando se compra un bien en el exterior para importarlo formalmente, en el lugar de origen no se paga ningún impuesto; se paga al introducirlo al territorio donde va a ser consumido.Pongamos un ejemplo con números simplificados: supongamos que un frasco de café, al público en Brasil sale 120, pongamos 100 de costo y 20 de IVA brasilero. Si lo importamos formalmente, al comprarlo en Brasil se paga

a 100 pesos, y al pasar por la aduana uruguaya, se pagan 20 para el IVA uruguayo.

Si el mismo frasco de café es comprado, por ejemplo, en Italia, y allá cuesta 120 (100 de costo y 20 de IVA italiano),al comprarlo allá no se paga el IVA italiano: se paga 100 en Italia, y al llegar a la aduana uruguaya, primero paga arancel, pongamos 20. Entonces en principio el costo va siendo 120. Ahora sobre esos 120 se calcula el IVA uruguayo. (0,2*120=24). Entonces al público va a costar 144.

Primer punto a tener en claro entonces: ni el bagayero ni el importador formal pagan aranceles por productos brasileros. Hace años que no hay «protección» con respecto a los productos brasileros. Pero el bagayero, al hacer la compra directamente en Brasil, compra con el IVA Brasilero; o sea, paga impuestos.

Llegamos entonces a la situación actual, donde el bagayero es criminalizado artificialmente, por temas burocráticos; y ese es el punto donde hay que trabajar. Hay que poner a la burocracia del Mercosur a trabajar para lograr recuperar el impuesto pagado en Brasil;es algo perfectamente posible, de hechoya existen procedimientos de devolución de IVA tax-free a turistas no residentes. Otra vía sería acordar un crédito a favor del estado uruguayo, por el IVA pagado por bagayeros (para algo están las oficinas del Mercosur). De todos modos, esos son temas operativos; lo primero es lograr la voluntad política de encarar el tema.

Otro aspecto a tener en cuenta es la desproporción de la sanción al contrabandista, con otras infracciones tributarias.

Los ciudadanos están obligados a muchos y variados tributos; pero sólo en situaciones excepcionales, el no pago termina en cárcel. Es más:

en el código tributario, lo que se castiga es el engaño o la intención de defraudar. El no pago admite sanciones económicas, no penales.Nadie va preso por no pagar patente, o por no pagar IRPF; acumula sanciones que pueden terminar en embargo de bienes, pero no queda privada de libertad.

6. El proteccionismo, el libre comercio,la integración.

La idea de que el contrabando es dañino descansa sobre un pensamiento económico de creer que, practicando proteccionismo, se logra un mejor bienestar local. Dicha idea fue mayoritariamente aceptada y aplicada en el mundo; pero ahora está tendiendo a caer en desuso. Se basa en dospremisas: a) la creencia de que encarecer artificialmente productos del exterior es bueno, y b) la creencia de que es bueno que el estado recaude mediante aranceles.

En el mundo, la tendencia global es al libre comercio entre países. Es un proceso relativamente nuevo, que ha tenido momentos de mayor aceleración, y a veces algún retroceso; pero si miramos en perspectiva, la tendencia es ir hacia el libre comercio global. Y es que, a partir del fenómeno conocido como globalización o mundialización, se potencia la transferencia de bienes y servicios más allá de las fronteras nacionales. En este marco, se constituyen organismos internacionales y tratados destinados a uniformar las pautas y el combate contra las prácticas ilícitas de circulación de mercancías; pero aparece también la idea de un mundo sin aduanas.

Este proceso se acompaña con un sensible desarrollo técnico-económico, que altera significativamente la relación del trabajo y la producción de mercaderías. El mundo globalizado del post-fordismo, propio de un modo organizacional en el cual la producción de

mercancías en cadena, en forma vertical, se vuelve horizontal, se fragmenta y se desplaza a nivel internacional en base a una división internacional del trabajo, es un mundo en el cual, además, los bienes intangibles cobran una importancia difícilmente imaginable en el pasado.

Todo ello plantea un importante desplazamiento del Estado soberano, guardián monopólico de las fronteras y, consecuentemente, del papel de las aduanas como modo de control de la circulación de la riqueza a través de la tributación. Advirtamos que, desde la segunda mitad del siglo XX, organizaciones internacionales como la Organización Mundial de Comercio (O.M.C.; anteriormente G.A.T.T.) procuran construir un "mercado mundial", a través de la liberación progresiva del comercio entre los Estados y las uniones aduaneras o económicas.

Volviendo al tema, nuestro país también viene participando del proceso de liberalización del comercio regional. El Mercosur fue ratificado por los cuatro miembros fundadores; y desde entonces han pasado diferentes gobiernos, y hay un consenso político amplio en mantener la herramienta del Mercosur.

Transcribimos parte de su primer artículo: *"Este Mercado Común implica: La libre circulación de bienes, servicios y factores productivos entre los países, a través, entre otros, de la eliminación de los derechos aduaneros y restricciones no arancelarias a la circulación de mercaderías y de cualquier otra medida equivalente…"*

Llegamos entonces a que los dos supuestos motivos por los cuales se justificaría castigar el contrabando, no existen:no estamos encareciendo los productos del Mercosur, y no estamos recaudando aranceles por el comercio dentro del Mercosur.

Vimos que no hay barreras arancelarias, y el Estado uruguayo no recauda aranceles por bienes del Mercosur. No obstante, por la operativa del comercio exterior, al celebrarse el comercio internacional de manera informal sí existe un daño económico al Estado Uruguayo. Al entrar mercadería de contrabando, el Estado uruguayo deja de recaudar impuestos locales; no recauda IVA ni otros impuestos internos.Pero obsérvese que el contrabandista -principalmente el pequeño contrabandista de frontera-, al comprar en Brasil lo hace como consumidor final, o sea, paga IVA y otros impuestos internos (se aclara que sólo paga el IVA compras brasilero, no paga el hipotético IVA ventas).

Llegamos entonces a que el último motivo por el cual merecería una sanción, esto es, la omisión de pagar tributos, en realidad sólo causa un daño parcial e involuntario. No es una persona que no pagó el impuesto; es una persona que pagó -en parte- el impuesto al estado incorrecto. O sea, tampoco logra un gran beneficio extra.

En resumen, vimos que el bien jurídico a proteger es relativo, y comparando la sanción que cabe a conductas que generan daños similares, creemos que es excesivo penar con cárcel la actividad del contrabando, en especial al contrabando que se realiza dentro de un Mercado Común.

7. Pasos a futuro: despenalizar la actividad.

Creemos que hay motivos más que suficientes para despenalizar la actividad; y en un proceso legislativo, muchas veces el análisis se va hacia los efectos macro, olvidando muchas veces lo conceptual. Quiero plantear acá el concepto de lo justo por encima de lo utilitario.

Los dos primeros argumentos que surgen de buena fe para cuestionar nuestra propuesta son:

1) Que es un delito.

2) Que puede resultar perjudicial para la actividad económica local.

Con respecto al segundo punto, puede tener sus fundamentos posicionarse en contra; pero estamos convencidos de que va a ser una actividad beneficiosa. Y más allá de lo de fondo, queremos dejar en claro ciertos aspectos metodológicos, por así decirlo, y proponer métodos correctos de analizar la propuesta.

1) Con respecto a que es un delito:

Sí, formalmente es un delito, está penado por el código penal, las normas vigentes dicen que quien realiza esta actividad será penado con cárcel. Ahora bien: los delitos no son algo estático en el tiempo;por el contrario, el Derecho avanza y se adapta a las circunstancias de cada momento. Antiguamente había delitos que hoy no lo son, y en un futuro habrá nuevos delitos que no son delito hoy. O sea, es la lógica normal de la evolución del Derecho: a veces se castigan cosas, a veces no.

Estando en un sistema democrático y republicano, el procedimiento para actualizar las normas jurídicas consiste justamente en lo que estamos haciendo: presentarse a elecciones con una propuesta, y si los ciudadanos la apoyan con su voto, se lleva la propuesta a los ámbitos legislativos para adaptar las normas. No es de recibo el argumento de que, como es delito, no debe ser tratado; precisamente, estamos trabajando en la forma correcta para que deje de ser delito.

2) Pasando al segundo punto, se dice que es inconveniente porque perjudica la industria nacional.

Nosotros vemos que hay que analizar la actividad propiamente dicha, antes de ver la conveniencia; porque a veces puede generarse algún conflicto entre lo que es justo y lo que es conveniente.

Creemos que lo justo debe estar por encima de lo utilitario; y pondremos algunos ejemplos disparatados, para poder entenderlo mejor.Puede haber alguien que diga: *"bueno, si importamos esclavos, tendremos una productividad mayor y será conveniente para todos"*. Suena absurdo, ¿no? Es porque esa frase maneja un argumento utilitarista. Obviamente la esclavitud es algo inadmisible, porque estamos pasando por encima del derecho individual de cada persona a disponer de su vida (al menos inadmisible para todo liberal, pues una definición de liberalismo es "el respeto irrestricto al proyecto de vida del prójimo"). Entonces, el argumento de justicia tiene que estar por encima del argumento utilitarista.Repito, es un hipotético caso extremo, pero muestra claramente que una idea supuestamente utilitariaresulta en definitiva inadmisible,en tanto ignora derechos individuales de la persona.

El mismo procedimiento debe ser utilizado, a nuestro entender, para analizar si se debe penalizar al bagayero.Antes de pensar si legalizar el contrabando es bueno o malo, lo primero que tenemos que analizar es la actividad en sí.

La actividad del bagayero es comprar mercadería, trasladarla y venderla. Es una actividad comercial. Entonces, la pregunta que debemos hacernos es: por saltearse alguna formalidad, ¿es justo que esa persona termine presa,o sea, privada de su libertad, con todas las

consecuencias que ello implica? Estar preso significa estar meses sin trabajar, significa arrancar de cero nuevamente, significa un daño familiar (dado que los hijos de esa persona quedan sin ver al padre o madre durante un tiempo) y acarrea un importante estigma social.

Nosotros creemos que no es justo que se sancione con cárcel a esa persona. Los efectos macroeconómicos que pueda tener o no, es un tema aparte (que, por cierto, ya hemos hablado de que sólo trae beneficios). Pero primero hay que concentrarse en la actividad central.¿Es justo que esté presa una persona por traer mercadería de Santana para vender?

El Mercosur y las empresas locales.

Hay una suerte de consenso entre los empresarios, acerca de que la carga tributaria es excesiva.

No es necesario explicar el efecto negativo que tiene gravar la actividad empresarial; pero además de eso, hay otras regulaciones que también son costos: cada vez que alguien pierde la tarde haciendo trámites, es tiempo no dedicado a producir. Se gastan energías sin generar valor.

Un ejemplo de esto son los trámites de importación. Casi ninguna empresa local, mediana o chica, está en condiciones de enfrentarse a la odisea de importar, o sus costos asociados; bastante tiene con cumplir con las regulaciones “normales”, como para pensar en importar. Puede hacerlo en aquellos rubros con menor rotación de mercadería (mercadería no perecedera), donde haciendo tres o cuatro compras anuales cubre la demanda. Pero es impensable en aquellos casos donde se tenga que comprar todas las semanas -alimentos, por ejemplo-.

Estas regulaciones “por el bien de todos”, tienen como consecuencia que sólo las empresas grandes, aquellas que cuentan con una estructura administrativa, sólo para esas es viable enfrentarse a un trámite de importación. Téngase presente que muchos de esos costos son fijos; por lo tanto, si se hace una importación grande, el costo extra por unidad termina siendo insignificante.

Llegamos así al absurdo que los productos brasileros que llegan a Tacuarembó, lo hacen desde Montevideo. Si uno va a un supermercado, encuentra los mismos productos que en Santana (un poco más caros, por cierto).

En resumen, quienes se benefician de estas regulaciones son los importadores de Montevideo y la burocracia capitalina, a costa del comercio y consumidor local.

En base al diagnóstico precedente, la solución pasa por crear un mecanismo ágil de importación, viable para empresas locales, para que el comercio local tenga la opción de comprarle a un proveedor de Montevideo, o bien traer directamente de Santana los productos que sean convenientes. Cada empresario evaluará que le conviene; ellos son los que conocen mejor el mercado, demandas y preferencias de sus clientes, no los políticos.

La primera duda que surge es creer que la apertura comercial es perjudicial para la industria. El tema es que esto no es una discusión entre economía abierta o cerrada; el Mercosur ya está vigente hace años, y ningún gobierno salió de él, por lo que es una discusión laudada. La hipotética empresa a la que no le convenía el Mercosur, cerró hace años.

Creemos que mejorar el vínculo comercial con ciudades vecinassólo puede traer beneficios. A ninguna sociedad le fue mal por comerciar; si logramos que las personas cubran sus necesidades básicas con menos dinero, es ahorro que se genera puede ser gastado en otra cosa, pintar la casa, cambiar los muebles, por ejemplo.

8. Regular la actividad

Los procesos legislativos son continuos; siempre se crean y derogan normas. Una vez que se despenalice el contrabando, surgirán otros problemas. En general siempre habrá que actualizar normas, caso contrario no tendría sentido el parlamento.

Creemos que los problemas que surjan con posterioridad a la despenalización podrán ser resueltos con normas de menor jerarquía, como decretos o resoluciones administrativas. Pero este proceso legislativo posterior será de mayor calidad, en la medida que los implicados puedan participar. Hoy, al estar penalizado, los contrabandistas están en la clandestinidad; no pueden ir, por ejemplo, a una comisión legislativa a exponer su visión.

Esperamos entonces que este proceso siga, y se encuentre la solución.

AGRADECIMIENTOS

Como recopilador, tengo el gusto de decir que conozco a cada uno de los autores, y sé de la seriedad con la que han trabajado el tema; me consta que les es caro todo lo relacionado al modo de vida en la frontera, y que aquí solo se plantean hechos de la realidad, que reflejan el vivir y sentir de gran parte de la ciudadanía. Por ello, les agradezco inmensamente por haber confiado en mí para la elaboración de este trabajo.

A pesar de las dificultades para traer hasta usted esta compilación, sin el apoyo de ninguna institución pública o privada, es mi anhelo que el acceso a este texto haya sido de su agrado, que le haya enriquecido,y quele permita apreciar la vida de los quileros y de mucha gente que vive del contrabando hormiga con empatía, de un modo más humano, sin juzgar moralmente y sin condenar por prejuicio.

Se podrán dictar mil cátedras, se podrá brindar un sinnúmero de discursos tecnocráticos detrás de un escritorio, allá por la capital, y hasta se podrán realizar diversos informes periodísticos por parte de curiosos visitantes que vienen de paso; pero sólo los pobladores de esta región del país sabemosque, si no fuera por esos quilos de comestibles, por esas cargas de gas o por la venta de algunas ropas, la gran mayoría de nuestros conciudadanos no podría llegar a fin de mes.

Sólo quienes salen en ese viaje interdimensional -ya que para otras esferas de la sociedad eso es irreal, y pertenece a una dimensión desconocida-, sólo ellos, los que salen esperanzados a traer algo para poner en la mesa o revender, pueden contar y compartir lo que se vive y se siente saliendo día a día, aún a costo de sus vidas, a buscar el sustento mínimo para darles dignidad a sus familias, ya sea porque no hay

trabajo, porque no están preparados para otra labor o simplemente porque no queda otra y hay que salir a luchar.

Agradezco a mi padre, Arturo Ferreira, por ese diseño de portadadonde se autorretrató exclusivamente para esta publicación; por tomarse su tiempo no sólo para dibujar y pintar, sino para contarnos, siempre con orgullo, esa etapa de su vida, permitiéndonos así respetar y valorar a todos los que, antes y después que él, salen a diario con honestidad a enfrentar la inequidad, poniéndole el hombro a las cargas y el pecho a las balas, ya sea porque necesitan mantener una familia o porque se quieren superar personalmente, pero el entorno no propicia las condiciones laborales y sociales necesarias.

Espero que pronto podamos contar también con el Documental QUILEROS, y así, descubrir otras facetas del tema aportada directamente por los involucrados.

A todos, mil gracias;y a los que ya no están porque dejaron su vida en la ruta, desde aquí nuestro humilde homenaje. Q.E.P.D.

RicharEnry Ferreira

SUMARIO

"CONTRABANDISTAS: CRÓNICAS DE CARGUEROS"

Lucio Ferreira ……..……..……..……3

"LOS CIMARRONES"

Jorge Carlos Muniz……..……..……..……..25

"LOS CARGUEROS DE CONTRABANDO EN EL RÍO YAGUARÓN"

Juan Carlos Muniz ……..……..…….. 31

"JUAN MORALES: QUILERO Y PADRE DE FAMILIA"

Nicolás Barboza Morales ……..……..…… 69

"DE ACEGUA A MELO"

RicharEnry Ferreira……..…….. 81

"CONTRABANDO, PERSPECTIVAS A FUTURO"

Atilio Amoza ……..…….. 109

AGRADECIMIENTOS 125

RECOPILACIÓN DE AUTORES FRONTERIZOS DEL URUGUAY

Presentación de las obras y sus autores

“CONTRABANDISTAS: CRÓNICAS DE CARGUEROS”
Lucio Ferreira, 95 años de edad, de Chuy, jubilado, escritor y aficionado por la historia local, el medio ambiente y la familia.

“LOS CIMARRONES"
Jorge Carlos Muniz, 60 años de edad, de Vergara, Retirado Policial, enfermero jubilado, investigador y escritor de las historias de sus pagos.

“LOS CARGUEROS DE CONTRABANDO EN EL RÍO YAGUARÓN” - Juan Carlos Muniz,
58 años de edad, de Rio Branco, productor agropecuario, artista plástico, rescatista histórico.

“JUAN MORALES: QUILERO Y PADRE DE FAMILIA”
Nicolás Barboza Morales, 29 años de edad, de Fraile Muerto, músico y compositor, curioso amante de la historia de su familia.

“DE ACEGUA A MELO"
Richar Enry Ferreira, 44 años de edad, de Melo, Funcionario Público, artista plástico, investigador, documentalista, productor audiovisual y redactor.

“CONTRABANDO, PERSPECTIVAS A FUTURO"
Atilio Amoza, 43 años de edad, de Tacuarembó, Contador Público, activo militante liberal en busca de un cambio para la realidad de los quileros.